LIBRO dot.com

Carta confidencial

Carlos Guido y Spano

LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

a un amigo que comete la indiscreción de publicarla. Buenos Aires, julio de 1879

Ya está.

Pues me instigaste a coleccionar mis escritos efímeros, y lanzarles de nuevo a la publicidad, ahí tienes de ellos una parte no escasa. Te los remito en un lío para que si te dignas escarmentar un poco ese vellón antes de sacarle a lucir en la plaza, le entregues a la casa editora con quien estás en trato. Y suden las prensas, y salga el sol por las serranías del Tandil.

Triste me he quedado, te aseguro, al ver reunida en una sola parva mi cosecha literaria hasta hoy dispersa en gavillas por diarios y revistas. ¡Todo eso! ¡Nada menos que el material para dos gruesos volúmenes! ¡Voto a San Jorge! reputado por el cristiano D. Quijote "uno de los mejores de la milicia divina, que me tenía por hombre de más seso. ¡De dónde diablos he salido urdiendo tanta cosa, y borrajeando resmas cual si fuese escribano de nacimiento y memorialista de oficio! No es eso lo peor, sino el hablar sin auditorio, y hasta sin maldito el provecho. Ya se ve ¡cómo todo el mundo escribe!... Si hubiera tenido yo la suerte de callarme la boca! ¡Si te hubiera imitado! Pero en este siglo de las luces ¿quién no se considera con derecho a encender su cigarro en la antorcha de la civilización? Milagro, si no se toma luego por costumbre echar bocanadas de humo inspirador a las narices del pueblo. Esto del escribir es contagioso; no hay cómo escapar a la fiebre de la producción periodística. Con solo entrar en una imprenta te pondrás en aptitud de ofrecer al público una buena colección de máximas saludables o de mentiras peladas. Lo mismo sucede tratándose de la oratoria. Ve a las cámaras, y al escuchar a tanto orador capaz de hablar hasta debajo del agua, por no ser menos, saldrás echando un discurso en cada esquina. ¡Ay!, también yo participé del espíritu de mi tiempo, aunque en lo de hablar fui más parco, debido quizás a que me libré de infinitos discursos por haberme nacido un buen callo en los oídos, y, como si no fuera bastante, poner pies en polvorosa no bien se pronunciaba algún fatídico "pido la palabra".

Como te iba diciendo, a pesar de mis pocas letras, me dejé llevar de la corriente y escribí, demasiado quizá, obedeciendo en sendas ocasiones a la vehemencia de mis sentimientos exenta de malicia y de cálculo. ¡Qué quieres!, librado de mis propios impulsos, a mí nunca me cupo la fortuna de que se me apareciese el mejor día un General Bonaparte, vencedor en Italia, cual sucedió con Paul Louis Courrier, a regalarme el consejo que a él le diera y no supo aprovechar, cuando según lo cuenta, le dijo el prócer en su camaranchón al despedirse: "Mi querido señor, escuche Ud. y créame; emplee su gran genio en cualquier otra cosa que en escribir panfletos". Sin ser por nadie sujetado, di pues gallardamente mis plumadas. Ahora, pudiendo ya juzgar ¿qué te parece? No soy, modestamente lo declaro, ni Cicerón, ni San Basilio, ni Pascal, ni Junius, ni Franklin, ni... que todos escribieron panfletos; pero convendrás, he dicho, con cierto aquel verdades de a puño, las cuales según es de costumbre, mucho me temo no hayan convencido a alma viviente. Fuerza es reconocerlo; este mundo no se compone a dos tirones, y acaso fuera más cuerdo abandonar a otros su reforma.

Ahora, ya que te empeñas en sacarme de nuevo a la palestra, y siendo conveniente conocer desde la raíz a quien se trata, voy a imponerte de algunos pasos de mi vida, con sus percances y vaivenes. No temas; ni sueño en hacerte detalladamente mi historia; quiero sólo señalarte mis huellas ¡ay! demasiado infecundas. ¿Prefieres que te hable en serio o en el tono alternado y familiar de nuestras conversaciones amistosas? Paréceme escuchar tu respuesta:

"Desabróchate, aligérate, ponte fresco, charla, ríe, canta, llora, discurre a tu sabor, que no todo ha de ser ceremoniales y etiquetas; deja la gravedad para cuando te nombren Provisor, espárcete y hasta te permitiría algunas mentirillas, a condición *sine qua non* de hacerlo con donaire".

Eso no, he de ser veraz como un libro canónico: lo de la agudeza, es planta espontánea que así crece en el jardín cual medra en el tejado. No la esperes de quien vive en un pie como San Simeón estilita. Únicamente me comprometo a darte un buen solfeo en todas las entonaciones de la gama, a confidencias geniales de algunos de mis recuerdos e impresiones, trazando con pluma fugitiva la presente, que te guardarás de mostrarla a nadie, tomándote una semana para leerla en los ratos perdidos, entre la merienda y la cena. Sin más preámbulos ni arrequives, repantígate, y hojea con benevolencia estas páginas íntimas.

Acaeció que en vez de nacer en el valle de Tempe, por una equivocación del destino, abrí tamaños ojos a la luz en la mismísima plaza de la Victoria en Buenos Aires. Esto y declarar que fui ladino y travieso desde el cascarón viene a ser igual cosa. Pasóse la niñez entre caricias. Ráfagas frescas me llegan todavía de aquella edad feliz cuyos celajes vívidos vanse poco a poco apagando entre las sombras de la noche que se aproxima silenciosa. En la escuela aprendí a deletrear, aventajando en esto a Homero, pues el ciego de Smirna no conocía ni la jota. Fui el primer *rabonero;* sabía dónde se encontraban en los *cercos* de los arrabales los mejores *huevos de gallo,* los *camambuses* más dulces, los *tallos* más tiernos; era la pesadilla de un viejo vizcaíno llamado en casa *ño Morao,* torvo cancerbero de la quinta de la familia, quien a pesar de su vigilancia tenaz, no consiguió nunca presentar al amo de la casa ni una breva, ni un durazno maduros. Nadie me ganaba a la rayuela, a la pelota, a los cocos; pero en lo que más adelanté fue en el juego de la taba, bajo la dirección del sargento Rojas, atezado tagarote riojano, un ordenanza de mi padre, con quien tenía yo hecha íntima aparcería. También tocóle a él ser mi maestro de equitación. Tenía un caballazo moro que a cada instante ensillaba. Rojas no daba un paso a pie. Si le enviaban a la botica de enfrente, le plantificaba encima a su rocín el *recado,* empleando una hora en el acomodo de la complicada montura, en que figuraba multitud de *jergas y cueritos.* De contado, el primero a ahorcajarse en el paciente bruto, al cual le habíamos puesto *el escribano,* por ciertos trabados manoteos cuando tomaba el trote, era yo. Excusa estos detalles y los que aún seguirán. Son simples reminiscencias infantiles, que se me escapan sin querer. Haz abstracción de lo prolijo, y déjame la libertad de aspirar, por el recuerdo, las emanaciones de las plantas caseras, marchitas por el tiempo entre las ruinas del hogar.

No bien cumplidos los trece años, allá por el 1840, cuando ya me había engullido cuanto libraco cayera a la mano, quiso mi estrella que me apartase del triste espectáculo que ofrecía la patria, víctima de los estragos de la guerra civil, y de la dictadura tremenda engendrada entre las convulsiones políticas. Mi padre, residente a la sazón en Río de Janeiro a donde con mis dos hermanos mayores, José Tomás y Daniel, había ido en calidad de Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario para asistir al acto de la coronación de Don Pedro II; conservando su carácter diplomático, llamaba a todos los suyos a su lado, queriendo apartarnos del foco ardiente de las pasiones, de que era entonces Buenos Aires la encendida hornaza. Él, como los Generales San Martín, Alvear, Soler, Brown, como los López, los Moreno, Sáenz Peña, y tantos otros patricios eminentes de América no veían en la dictadura sino el fruto acerbo de las facciones que anarquizaron el país, y aunque la aborrecían según su conciencia y sus principios, prefirieron seguir la lógica de los acontecimientos con la esperanza de poder dominarlos o templar sus efectos, a ponerles una resistencia impotente,

afiliándose a los antagonistas que cegados del encono, llegaron hasta la enormidad de acogerse a la protección del extranjero poderoso, en abierta hostilidad con la República. Asiento el hecho y evito por inoportuno al comentario. Nuestra historia daría margen a formidables dilemas. Si hubieran de plantearse con severidad excesiva, quizá sólo quedarían subsistentes amargos desengaños, desesperantes decepciones. Mas vamos a mi plática, que no es mi intención llevarte por matuteras y breñales.

Héteme ya navegando en compañía de mi madre (bendita su memoria) a bordo de la fragata de guerra francesa la "Glorie", que enarbolaba la insignia del Almirante Mathieu de Clerval, y se perdió más tarde el mar de la China, navegando, digo, a todo trapo, en dirección a Río de Janeiro. Por la primera vez veía el mar, que me guardaré muy bien de describírtelo. Eso sí, le hice un saludo digno de un joven Tritón: "Gran espejo de la naturaleza le dije, te saco tres veces el sombrero; sólo tus aguas, aun después de haberse bañado en ellas el sol desde el principio del mundo, serían capaces de lavar las inmundicias de la tierra sumergiéndola. Eres un elemento más limpio y más decente; sigue criando eternamente tus pecados; muge, brama, rabia cuanto quieras, y no bañes sino las costas, en donde el hombre pueda mirarte cara a cara sin avergonzarse de sí mismo".

Llego a Río de Janeiro. ¡Salve, románticas montañas, ondas apacibles, islas pintorescas, donde durante la friolera de unos diez años corriendo la gandaya, debía deliciosamente holgazanear ¡Si fuera yo pintor! ¿Mas qué pincel pudiera reproducir la agreste hermosura del paisaje, el verde y fresco panorama que se te presenta a la vista? Allí, la gracia de las líneas, la suavidad de los contornos, las elegantes ondulaciones del terreno; allá, abruptas peñas que semejan toscos menhires cubiertos de hepáticas y anémonas, piedras druídicas, fantásticos dólmenes. Valles recónditos, colinas coronadas de palmeras no menos esbeltas que las de Idumea o de Tadmor y limitando el horizonte lejano, bordado de trémulos celajes, serranías veladas en tenuísimos, con escarpes y contra-fuertes sucesivos hasta perderse a la distancia. Fíjate luego en la ciudad graciosamente esparcida por laderas y honduras, rodeada de una atmósfera tan diáfana como el cendal sutilísimo de los genios del aire, bañada de poderosa luz que todo lo inunda, lo anima, lo colora, envolviendo en fúlgido esplendor la inmensa bahía, en la cual anclan seguros de las perfidias del mar, millares de barcos de distinto porte y aparejo. En medio de aquella naturaleza soberana surge la vida opulenta y magnífica. La grandeza del espectáculo sumerge al observador en un éxtasis que no permite analizar sus bellezas. Admírase lo vasto, lo majestuoso del conjunto. Dios ha prodigado allí sus maravillas: la tierra es un altar, el cielo el cimborrio resplandeciente del templo en cuyos ámbitos se adora a la divinidad que todo en torno glorifica; y despertado en el alma el sentimiento de lo sublime, el hombre encuéntrase pequeñ o, confundiéndose luego sin esfuerzo en la armonía universal.

Vivísima impresión experimenté al contemplar el cuadro del cual sólo he trazado aquí el pálido bosquejo. Para animarle sería menester usar los tonos enérgicos, las cálidas tintas de los pintores venecianos, y pedir a la poesía oriental la brillantez de sus imágenes. Desde luego, juré tácitamente a los dioses, no hacer de allí adelante nada más que admirar la obra suprema de sus manos. Nunca juramento alguno fue cumplido con más fidelidad. ¡Qué vagar por aquellos matorrales! ¡Qué bañarme en los torrentes! Qué hartarme de naranjas, de paltas, de *cambueás,* de *cayiús* astringentes que me fruncían la boca, de... Te puedo asegurar que viví largo tiempo como un mono, solo en la espesura, alimentándome de fruta. No por carecer de otros regalos; podía encontrarlos en mi casa, en donde había cierto fausto propio de la alta posición de su jefe. A más, andando el tiempo, y rayando ya en la juventud, de vuelta de mis

excursiones montesinas, frecuentaba yo la mejor sociedad, de que era núcleo principal el salón de mi madre, asistiendo con frecuencia a las tertulias, los bailes, los espectáculos públicos. Empero, a todo prefería el ir a divagar solitario en el fondo de las misteriosas florestas.

¡Cuánto gozaba en la quietud solemne de esos santuarios de la naturaleza, entregado a los vagos anhelos del corazón que se despierta, a las promesas de la esperanza soñadora! Allí, tendido a la sombra del rico y matizado follaje de los troncos añosos, cubiertos de musgos y de líquenes, formando de una en otra rama verdes pabellones, recordaba la patria ausente, con sus infortunios y sus vicisitudes. Lleno del presentimiento de mi humilde destino, llegué no pocas veces a desear quedarme olvidado para siempre en aquellas agrestes soledades. No obstante, esas impresiones melancólicas que cual la niebla en la alborada nacen y se disipan en el oriente de la vida, eran muy luego sustituidas por otras más conformes con los instintos y las inclinaciones de mi edad.

Tentado estoy de hablarte de mis ensueños juveniles, de la exuberancia de sentimientos y de savia que sentía bajo aquel clima ardiente, de mis paseos nocturnos por el río, amaneciendo en alguna de esas islas desparramadas como esmeraldas en el azul del mar, y casi te cuento alguna de mis aventuras novelescas. Te diré que en Río de Janeiro, a los veinte años, se ama como en ninguna parte. Aquel sol, aquellas dulzuras tropicales, los vivos perfumes de los montes, las excitantes exhalaciones del ubérrimo suelo, las voluptuosas armonías del cielo y de la tierra, te impregnan hasta el alma, y ésta, templada a las vivas emociones, a los éxtasis paradisíacos, siente la necesidad imperiosa de idolatrar a todas las mujeres.

El amor ennoblece y sublima el espíritu. Bajo su influjo creador ¿quién no es poeta?, ¿quién no se considera capaz de ser un héroe llegada la ocasión? ¡Cuántos versos no compuso tu amigo, y en cuántas cosas grandes no pensó! Teniendo siempre la patria en la memoria, hubiera sacrificado mil veces la existencia por verla redimida y feliz. Creyéndola amenazada de un ataque inminente, por las armas francesas, según noticias alarmantes recibidas en 1846, corrí a Buenos Aires, adolescente apenas, a tomar un fusil. Desvanecido el peligro, regresé a mis penates, no sin haber afrontado con altivez en más de una ocasión las iras de los seides que tenían domada la población por el espanto.

Los meses, los años deslizábanse. Reducido a la inacción veía estrecharse mi horizonte. No era, sin embargo, el tiempo de las meditaciones taciturnas. Mis tendencias no me llevaban precisamente a ser anacoreta o monje fundador de cenobio. La juventud desbordaba. Refrenando por el deber la vivacidad de mi genio refugiéme en los afectos tiernos, en la poesía, en el arte. Leía ávidamente, sin elección, sin método, y mis primeros versos, los más puros acaso, pasaban como pasan las alondras en los valles, sin dejar ni un eco ni un recuerdo.

Mi padre, en quien se unificaban con fuerza singular el pensamiento y la acción, educado bajo reglas austeras, experimentado piloto en el mar tormentoso a que se lanzó la nave de la República en América, con ser muy versado en los primores de la Musa Latina, no alentaba mis gustos de trovador novel, si bien tampoco jamás los combatiera. Para él era axiomática la imposibilidad de alimentarse con sonetos, y hubiera deseado verme más práctico, más estudioso de las ciencias exactas y de útil aplicación, en vez de aficionarme preferentemente a las rimas, lujo de la literatura propio de tiempos bonancibles; sobre todo, manifestaba el paternal deseo de que adquiriese, morigerando mi conducta, hábitos de orden indispensables a la salud del cuerpo y del espíritu. "Es lástima", solía decir a mi madre, después de haberme

oído sostener alguna atrevida paradoja, o de mis proposiciones arrojadas, "este muchacho se nos pierde: todo lo exagera: el mundo está gobernado de otro modo; con las ideas que se le han metido en la cabeza no es posible hacer nada". Pero entonces tenía yo en mi madre una defensora entusiasta. Declinando de sus observaciones, mi padre acababa por retirarse en derrota encogiéndose de hombros, como quien dice: esto no tiene remedio. Otras veces osaba yo sostener con él vivas polémicas, en que su juicio recto expresado siempre con facilidad extraordinaria, *tam lepida, tam repentina,* hiciera recordar al senador aquel de Cicerón en su tratado sobre la vejez, tan bien caracterizado en estos términos: "la elocución amable y correcta de ese anciano basta a formarle un auditorio". Si usando de su autoridad creía haber sido demasiado severo en reprimirme, era él quien se adelantaba ceder, patentizando así la nobleza y benignidad de su carácter. Después de esas nubecillas pasajeras, venían las reconciliaciones, las finezas, las intimidades afectuosas, y para el hijo amante, el ejemplo perenne de la distinción, de la hidalguía y la virtud. Capítulo es éste en que me extendería, si al mencionar las escenas de un bendecido la pluma no se me cayese de la mano, para dar más expansión en el silencio a los recuerdos de la gratitud y del cariño.

Alarmantes noticias de mi hermano Daniel, dignísimo joven que había ido a estudiar la medicina en Francia, decidieron mi primer viaje a Europa. Era en 1848. Atravesé el océano en un barco de vela, experimentando en el tránsito imponentes borrascas. ¡Veinte años y en París! ¡Mas ay! la gran metrópoli debía aparecerme envuelta en sombras profundas de tristeza. Llegado apenas, en noche aciaga, supe la trágica muerte de Daniel, acaecida en un bosque, en el predio concejil de Saleux, a dos leguas de Amiens, y a cuarenta de la capital. El golpe era terrible. Yo amaba entrañablemente a aquel hermano, uno de los jóvenes más interesantes, instruidos y virtuosos que fuera dable encontrar. Hacía poco acababa de obtener el primer accésit en un concurso promovido por la Universidad de Nantes. La patria perdía en él una esperanza, un predilecto la familia. El dulce nombre de Daniel que he puesto a uno de mis hijos, resuena siempre en mi corazón con el encanto de una melodía sollozante.

Me encontré solo. Derramé cuantas lágrimas tenía. Luego, poniendo el oído a los rumores del siglo, recuperando mi energía, me lancé en febril actividad a la calle, donde paseaba en el delirio de su efímero triunfo la revolución democrática. Curioso espectáculo el de una sociedad que se transforma en medio de la discusión tormentosa de sus intereses primordiales, removiendo hasta el fondo las pasiones. Cada hora tras un acontecimiento, una sorpresa, una aberración, un retroceso o una nueva conquista sobre el régimen que estrepitosamente se derrumba. Nadie sabe a dónde le arrastra la vorágine. Se centuplica la potencia vital: el pensamiento es acción, la acción es fiebre. Imposible permanecer tranquilo cuando por doquier te solicitan el ruido de la calle, la palabra de los tribunos, los estímulos de las aspiraciones populares. Mezcléme al movimiento general, peroré en los corrillos, estuve en la asonada, subí a la tribuna tambaleante, en las salas ahumadas de los clubs subalternos establecidos en las callejuelas de la inmensa ciudad, fraternicé, en fin con la *santa canalla.* En todas partes proclamé la república, llegando a merecer frenéticos aplausos de los carboneros, los enjabelgadores, los zapateros de viejo y demás gente menuda, ante quienes ensayaba mis armas oratorias, precisamente cuando más desconfiado empezaba a estar de las fidelidades de la gran doncella *aux puissantes mamelles* esculpida por Barbier en sus famosos "Yambos",

Alta de pechos, de ademán brioso, que hubiera dicho Cervantes. A mis altas caballerías indicadas, y otras de las cuales te informarás si me sigues la pista, me ayudó inmensamente el poder hablar en cinco idiomas, que acaso me conviniera mejor haber aprendido a callarme en todos ellos. Continuando mi relato, era yo un propagandista ferviente aunque desconocido de

la doctrina liberal. Por fortuna, mis opiniones respecto a los intereses políticos, no llegaron a punto de transformarme en un decálogo ambulante de los derechos del hombre. Había tiempo para todo. ¡Qué vida aquella, amigo! Del hotel a la taberna, de la taberna a la Sorbona, de la Sorbona a oír disparatar en las cámaras a los primeros oradores del mundo, y de allí a los teatros, a las visitas, a los museos, al gabinete de lectura, a la cucaña de los placeres fáciles. Me entretenía en ver hacer suertes de equilibrio en la cuerda tirante de una situación peligrosísima, por no decir desesperada, a los grandes políticos, o en reír presenciando las extravagantes piruetas de las alumnas descarriadas de Terpsícore. Todo lo vi, todo lo anduve. En honor de la verdad te diré que no llegó nunca a alucinarme el ostentoso aparato de la Francia revolucionaria. Tras de aquellas decoraciones pintadas a brochazos veía yo asomar las orejas del lobo. En los raquíticos árboles de la libertad plantados en las plazas, me parecía que vendría pronto a posarse algún mochuelo con ínfulas de águila imperial. Mas el impulso estaba dado. La corriente de las ideas liberales semeja a los grandes ríos de América: dan mil vueltas, tienen saltos, estrepitosas caídas, bañan costas desconocidas, piérdense en los desiertos; pero al fin, reflejando el cielo y la naturaleza en todo su esplendor, van majestuosamente hacia el océano, cuya evaporación abastece de nuevo el caudal de sus aguas.

No obstante las grandes distracciones y la amenidad de mi existencia parisiense, deseaba ardientemente regresar a mi casa. Adoraba a mi madre y nada en el mundo podía compensarme el pesar de verme ausente de ella. A más, empezaba ya a fatigarme aquel exceso de vida que se gasta en París. Como Virgilio en sus ensueños de poesía campestre, suspiraba por la sombra inmensa de los grandes bosques, e invocaba a los dioses selváticos y a sus compañeras las ninfas:

Panaque, Eyvanumque senem, nymphasque sorores.

Regreso a Río de Janeiro. Estoy de nuevo entre los míos: ventura, placer, júbilo. Vengo de una antigua sociedad convulsionada, a un gran centro de la joven América, donde al amparo de una constitución dictada por varones ilustres, esparcen sus beneficios el comercio, la libertad y la paz. No sabe lo que es paz quien no haya habitado la ilustrada, la bella capital del Brasil reclinada como una sultana entre sus bosques siempre verdes, llena de gracia oriental y de esplendor americano. Gobernado el Imperio bajo la influencia de un Príncipe que ha sido comparado a Vespasiano y Marco Aurelio, goza como ninguna otra región del continente las ventajas de las instituciones libres, practicadas por un pueblo inteligente y de índole apacible, cuyos negocios se confían a dignos magistrados. Reina en Río de Janeiro la más fina cultura y si las relaciones sociales no son tan accesibles cual sucede en los países de origen español, nada hay más afable que la hospitalidad brasileña cuando se ha llegado a merecerla. Déjame consignar aquí el recuerdo de mi profunda gratitud por todas las atenciones recibidas, por la voluntad blanda, amorosa, con que fui tratado en la noble ciudad de mi afección. Fui allí querido cuanto puede serlo un joven extranjero a quien se le hace el honor de contársele en la familia entre los hijos predilectos. Hablando de estas dulces cosas ya pasadas, viénenseme a la memoria, al descender la colina, dejando en el camino pedazos del corazón, los versos del inmortal toscano traducido por un antiguo poeta:

La mayor cuyta que aver

Puede ningún amador,

Es membrarse del placer

Librodot

En el tiempo del dolor.

Despejando sombras, al evocar el pasado, ¿por qué no he de decirlo? En conexión estrecha con la juventud más distinguida, bajando unas veces, subiendo otras los peldaños de la escala social, en todas partes visible, siempre dispuesto a lo jovial como a lo serio, animoso y alegre a fuer de buen porteño, conocido de todo bicho viviente, llegué a tener una especie de popularidad cariñ osa que sólo el recordarla me engríe. Cuando se me nombraba era únicamente por mi nombre de pila, o Carlos, manera familiar y simpática que bastaba a designarme sin necesidad del apellido. Antes de hablarnos en las tertulias con las niñas de ojos dulces y negros que están diciendo nos morimos de amor, ya éramos conocidos, y a las dos palabras se trababa la inocente amistad, emanada de aquellas almas puras con la suavidad de un perfume. No te puedes imaginar mi poder de ubicuidad. A cinco leguas a la redonda, en todas partes, de los primeritos. Yo en las fiestas de tradición popular, en las romerías, en las carreras, en los paseos, en las salas de esgrima, en los saraos, en los conventos, en los cuarteles, en las cárceles, en los barcos, en los bailes de candil, ¡qué sé yo!... El único sitio donde no puse los pies fue en el palacio del Emperador. Mi padre quiso presentarme alguna vez; mas para asistir a las recepciones de Su Majestad se necesitaba un uniforme, y la costumbre de los que no le tenían era llevar casaca de terciopelo verde y calzón corto de lo mismo. Resistiendo las instancias paternas, declaré terminante no consentiría jamás en presentarme en público vestido de cotorra.

Después de mis reminiscencias brasileñas, quizá extrañes la severidad de mis escritos casi siempre que he tratado de la política imperial y de sus diplomáticos, con relación al Río de la Plata. Te pido establezcas bien la diferencia entre los actos oficiales y las relaciones privadas. Menester ha sido toda la vigilancia, toda la energía del Gobierno y la prensa, para que nuestro poderoso vecino no nos llevase por delante. Si hasta ahora frustrárasele el plan de redondear su territorio, teniendo por límites al Norte el Amazonas y al Sud el Río de la Plata, su perseverancia en mantener la ilusión de realizarle, se ha puesto más de una vez en evidencia. No son malas tarascadas, entretanto, las que le ha dado a la República Oriental; y en cuanto al Paraguay, no paró hasta no verle exánime. Tales cosas no puede presenciarlas fríamente quien haya nacido en estas latitudes; ni hay nada más legítimo que el derecho de la propia defensa. Tal vez, una política más sabia desvíe al Imperio para siempre de pretensiones desmedidas; quizás su gobierno, apercibiendo de la perfecta compatibilidad de nuestro régimen gubernamental con las instituciones y los intereses del Brasil, prefiera asentar en bases firmes la concordia existente, a interrumpirla por cualquier pretexto, reavivando el espíritu invasor que dominó algún día en sus consejos. Entonces los vínculos relajados con demasiada frecuencia en las peripecias de un antagonismo secular, se estrecharían bajo la garantía de la buena fe y de las mutuas conveniencias asegurando la perpetuidad de las relaciones amistosas.

Tienes ahí explicada la inconsecuencia aparente entre mis simpatías por el Brasil, y mi actitud severa manifestada en determinadas ocasiones, al señ alar o combatir los manejos de sus gobernantes en los asuntos de las repúblicas platenses, objeto de prevención y alarma a los monarquistas acérrimos. Les conozco el juego y llegado el caso les descubrí las trampas. Caballeros, nada de cubiletes ni tramoyas, y apostamos a quien alcanza más óptimos frutos de la civilización y de la paz.

Llevando la vida que ya sabes, rodeado de los halagos de la casa paterna, en donde reinaban la bondad, la inteligencia, la alegría y el arte, pues allí todos los hermanos, cuál más y cuál menos, éramos amantes de las letras, de la música y del canto, siendo yo entre ellos gran

tañedor de flauta, el viento de la política vino a dispersar la bulliciosa nidada. Mi padre, después de toda la fuerza de su capacidad diplomática, inagotable en recursos, viose obligado, rotas las relaciones oficiales, y obedeciendo órdenes terminantes del Gobierno, regresar a Buenos Aires. Yo no debía acompañarle. Sin compromisos anteriores de esos que ligan fatalmente a los hombres a situaciones azarosas, protegido del cariño paternal, temeroso de verme envuelto en malos trances, y apoyado por mi madre dispuesta siempre a sostener y levantar mi carácter quedéme en Río de Janeiro, donde afiliado a alguna de las sociedades que cultivaban las letras, había empezado ya a asociarme al movimiento literario de la época. A no mediar la retirada de la Legación argentina, me habría tocado el honor de ser yo quien suscribiese el prólogo, que según mutuo concierto debía llevar la preciosa colección de poesías *Últimos cantos* del laureado poeta brasileño Antonio Gonçalvez Díaz, trabajo extenso ya concluido, mereciendo la aprobación de tan ilustre amigo. Ya antes había cooperado con palabras de caluroso estímulo a la publicación de las poesías de los literatos portugueses Emilio Augusto Zaluar y Juan de Aboim (con quien más tarde me encontré en Lisboa), habiéndolo hecho ambos constar expresivamente en sus libros. Pero mi ensayo capital fue la traducción del Rafael de Lamartine al portugués, precedida de un estudio crítico sobre sus *Confidencias.* Era sin duda una novedad el ver a un argentino escribiendo corrientemente en el idioma de Camoens. Alcancé el mejor éxito. Recibí de la prensa felicitaciones calurosas. Disculpa estos detalles en que por nada entra la vanidad literaria, tratándose de tan humildes títulos: simples reminiscencias de juventud escapadas al correr de la pluma. Puesta ya en las asperezas que llevan

De la inmortalidad al alto asiento,

me preparaba a aventurarme en ellas denodadamente, cuando un caso imprevisto vino a torcer el curso de aquella mi vida soñadora. Sucedió que el mejor día recibí la orden, comunicada por la policía, invocando el mandato del Gobierno, de salir del Imperio. De buenas a primeras me encontré desterrado. La cosa era extraña, y más que extraña, absurda. ¿Cuál era mi delito, mi infracción a las leyes? Sobre este punto no se me dio satisfacción. Se obraba dictatorialmente; no había más que obedecer. En Río de Janeiro el suceso era en realidad extraordinario. Allí los *ukases;* los golpes de autoridad, las alcaldadas, no tienen como en otros puntos de América el privilegio de estar perpetuamente a la moda. Sin embargo, para que no haya regla sin excepción, se me despachó con viento fresco. Fue una verdadera indignidad de que llegó a ocuparse hasta el Senado. De balde protesté: ni me valió que vaticinase se iba a eclipsar el Crucero si se ejercía en mi persona una injustificable violencia, asegurando al mismo tiempo no atentar contra la integridad del Imperio. Nada; era menester alejar de allí hasta mi sombra fatídica; ¡lo exigía, sin duda, la salud del Estado!...

Perdida la esperanza de hacer hincapié en mi derecho, y después de haber tenido que repeler enérgicamente el lenguaje inconveniente y altanero del jefe de policía, un señor Couto de patibularia catadura, a consecuencia de lo cual fui arrestado en el cuartel *dos Permanentes,* saliendo a las dos horas; después de esto, digo, y antes de partir, de acuerdo con algunas entidades de la oposición escribí en el *Correio Mercantil* unos cuantos artículos, de que luego se formó un buen opúsculo, atacando por el frente y los flancos la política tortuosa del gobierno imperial en lo concerniente a los negocios del Río de la Plata, sin apartarme un ápice de la verdad histórica, apoyada en trascripciones auténticas de documentos oficiales, ni perder el aplomo que el asunto y las circunstancias requerían. Pisaba por primera vez el terreno de la diplomacia tan lleno de peligrosos tremedales. Supe más tarde, no sin satisfacción, pues me hallaba ofendido y aspiraba al desquite, que en Buenos Aires se atribuyeron mis

elucubraciones periodísticas a un estadista brasileño. En Río de Janeiro fueron comentadas: de todo ello nada he conservado, y es de suponer sea poco lo perdido. La distinguida redacción del *Mercantil,* instigándome a continuar, me ofreció cortésmente sus columnas. Debí a los caballeros que la integraban distinciones honrosas, cuya generosidad y valor acrecían por lo precario de mi posición ante una autoridad refractaria a las leyes, garantes del derecho violado en mi persona. Hecha mi descarga podía ya ceder mi reducto con los honores de la guerra. Me embarqué de nuevo para Europa. En conciencia el gobierno imperial me debería una amplia indemnización de daños y perjuicios. Atentó a mi libertad, a mi quietud, a mi felicidad, y tal vez, hasta a mi porvenir. A estas horas me habría comido ya medio millón de bananas, me vería rodeado de infinidad de mulatitos, tendría vela en todas las procesiones, concluyendo al fin por vestirme de verde, ¿y quién sabe si con el tiempo no hubiera llegado a ser un *fazendeiro* acaudalado, a fuerza de roncar sobre una tierra tan fértil? Los dioses y el susodicho señor Couto, cuya imagen se me aparece en mis recuerdos bajo la forma de una *becacina* disecada, lo decretaron de otro modo.

Cantando el recitarlo de Hernani *compiase il mio destin fatale,* aporté a las orillas del Tajo. Con aria y todo se se me alegró el corazón al surcar aquellas aguas consagradas por tantos hechos memorables. Amo al viejo Portugal y me entusiasma su pasado. Parecíame ver desfilar delante de mí las naves atrevidas, que guiadas por Bartolomé Díaz, Vasco de Gama, Pedro Álvarez Cabral, Santiago Figueira, *Neptunia proles* desplegaban sus velas, camino de las Indias en dirección a los remotos mares, seguidos de los Alburquerque, de los Castro, asombrando aquéllos al mundo por la grandeza de sus descubrimientos, éstos con la claridad de sus hazañas, cuando conquistaban a Goa, Daman, Diu; a la odorífera Ceylán, sembrada de diamantes y zafiros, cuna del budismo cuyos fanáticos adeptos vieron azorados plantada allí la cruz por la mano de los héroes y cristianos; a Malaca rica en marfil y en polvo de oro; a la selvosa Sumatra, a Ormus, llave del Golfo Pérsico y tesoro de perlas. Frontero ya a la próxima playa se me representaba la figura de don Manuel el Grande, heredero del genio audaz de su antecesor Enrique, Duque de Viseo, apellidado el Navegante, a quien se atribuye el astrolabio, se me representaba, digo, don Manuel, iniciador de esas magnas empresas que debían tener por teatro ignoradas regiones, saludando de lejos a los bravos marinos cuyo encargo era ensanchar el mundo, y a la bandera blasonada con las gloriosas quinas, que Alfonso Henríquez enarboló en los Algarves, destinada a tremolar triunfante en las comarcas abrasadas del África, en los reinos del Asia, y en la zona más fecunda y más ardiente de América. Luego, surgiendo del intrincado monte, creía también ver la fiera sombra de Viriato, alzada sobre las ruinas de sus antiguos lares, cual si quisiese ampararles en los tiempos con el prestigio de su gloria. Y la imaginación me pintaba esa falange de guerreros, poetas, de varones insignes, que han hecho de la historia de Portugal una leyenda fantástica, una caballeresca epopeya, dominada por el astro de Camoens, inextinguible pira ardiendo perpetuamente en los altares de la patria.

En cuanto avisté la costa, puesto a popa del barco, con sorpresa de mis compañeros de viaje, quienes por lo visto no todos participaban de mi entusiasmo, sacándome la gorra y agitándola en el aire, di un estruendoso viva contestado tan sólo por una especie de kalmuco que manejaba el timón. "¡Ah, si yo fuera Byron!, pensé en mis adentros, ¡oh bella Lusitania, otro gallo te cantara! Yo no tendría palabras sino para encomiarte; te has quedado hidalga en medio de la plebe del siglo en que vivimos; se me figura verte siempre vestido de hierro espantando moros y triturando castellanos; me hacen gracia hasta tus fanfarronadas; soy el único extranjero en el mundo a quien le gusta tu lengua, y daría cualquier cosa por bañarme en una tinaja de Tras-os-Montes en tu mejor vino de Oporto."

Ya en el puerto de Lisboa, un marinero saltando a bordo me ofreció *huma fragata* para llevarme a tierra. ¡Y qué tierra, si vieras! Con sólo mirarla sales recitando de memoria *Los Lusiadas.* Aquello ni es Europa ni es África. Hay allí, dicen, la cultura de Bizancio y el abandono y la molicie de las ciudades marroquíes. Las tradiciones de la noble metrópoli le dan un aire de reina destronada. Al que moteje su decadencia actual en relación a otras épocas, le mostrará sus pergaminos, las obras de sus grandes ingenios, sus monumentos, sus trofeos. Cuando se ha conquistado tan alto puesto en los anales del mundo, bien puede descansarse en la justicia y el respeto de la posteridad.

¿Pero?, ¿adónde vamos, amigo? Ayúdame a retomar las huellas de mi musa pedestre. Quiero simplemente señalarte a la *Felicitas Julia* de los antiguos, la blanca, la moderna Lisboa, con su aspecto gallardo, con sus pintorescas perspectivas. Las quintas que la rodean refrescan y purifican el ambiente. Vívidos gérmenes de vida brotan de aquel suelo fecundo; el cielo es nítido, acariciadoras las auras; las mujeres... yo creo que los portugueses nacen como los hongos, espontáneamente, pues no he vista a ninguna. Por lo demás si todas se parecen a Doña Inés de Castro deben ser hechiceras.

Conseguido el zafarme de la inquisición obligatoria de tres o cuatro aduanas, ya en la calle, determiné meterme en el primer carruaje, una calesa de alquiler *(traquitana),* venerable cascajo que se volvía puras ruedas. El cochero es digno de mención; parecía un fámulo del tiempo de Doña Urraca, la reina "recia de condición y brava" en el concepto del jesuita Mariana. Alto, reseco, barbudo, verdinegra la tez, los ojos encovados y brillantes, vestía una casaca estrecha, rabonada, corta de mangas, con botones de cobre, gran chaleco de gamuza, heredado quizás de algún viejo montero de la casa real, encargado de los sabuesos de traílla, calzón de pana verde desteñida, complementando su traje unas grandes botas de campana, con piolines revirados de quita y pon, y el descomunal sombrero acanalado de copa alta, lleno de resquebrajos, con su correspondiente galón y escarapela, distintivo de su ralea cocheril. Ahorcajado mi hombre, fusta en mano, en una de las bestias apocalípticas del tiro, recibidas mis instrucciones de hacerme ver toda Lisboa hasta sus más apartados arrabales, nombrándome los sitios notables por los que fuéramos pasando, se largó a disparar por esos andurriales que volaba. Asimismo, la velocidad de la carrera no le impedía el sofrenar de trecho en trecho sus jacos, cuyos bríos inesperados me causaban asombro pidiéndome permiso para remojar la palabra en las tabernas del tránsito. A las cuantas estaciones y después de haberse echado a pechos enormes jarros de vino de Bucelas, achispado al principio, acabó por estar más borracho que un zaque; pero sin perder el equilibrio arremetía valientemente por las cuestas, ora subiendo ora bajando y siempre a escape. La *traquitana* se zangoloteaba rechinando y gimiendo cual si presintiese sus últimos momentos después de una aperreada existencia. Ninguna sociedad de seguros hubiera anticipado un ardite sobre la integridad de mis huesos. Jamás me he visto en tal pellejería. Por instantes creía que iba a juntarme con el Rey Don Sebastián a quien se me figuraba ver montado en su caballo blanco cruzar como un fantasma la bocacalle. No recuerdo cuántas horas duró la vertiginosa carrera; a mí me parecieron un siglo. Sólo el deseo de verlo todo en un día y el haberme entregado al destino personificado en mi grotesco Automedón, explica que no le intimase el moderar sus ímpetus. Me hizo dar mil vueltas; por todas partes me llevó nombrándome a gritos las rúas (las calles), los parajes que atravesábamos, y los edificios públicos delante de los cuales pasábamos desaforadamente. Palacios, templos, muelles, plazas, fuentes, estatuas y jardines, nada se me quedó por ver en confusión fascinadora, echando demonios desde mi coche diabólico. Fue así que visité la ciudad ilustre reedificada por el Marqués de Pombal. Luego, no habiendo conseguido de milagro el romperme la crisma, el cochero dio conmigo sano y

Librodot

salvo, aunque no poco molido, en la casa de campo del poeta João de Aboim, quien se sorprendió mucho de verme, recibiéndome con el mayor agasajo. En seguida fuimos juntos al centro de la población. Presentado a algunos periodistas, me dieron improvisadamente un banquete. Se echaron valientes tragos de lo añejo, se charló en grande de literatura, de teatros, de aventuras galantes. Nos separamos los mejores amigos.

Al día siguiente ponía yo la proa hacia Southampton.

Pronto me encuentro sobre las costas de la antigua *Britannia*, la formidable reina del océano, envuelta en su manto de nieblas. Singular destino el de esa isla escarpada. Parece que todos los pueblos fuertes y guerreros del Norte, los pictas, los sajones, los anglos, los daneses, los normandos, hasta la conquista de Guillermo I, hubiesen ido a depositar en esas ásperas tierras el germen vigoroso de su raza, incubados en medio de las ondas y de las tempestades. La indómita energía de los bretones, a quienes Roma no pudo nunca someter por completo, habiendo sólo penetrado sus legiones con Agrícola hasta los montes Grampianos, prevalece aumentada con la savia de otras razas no menos poderosas. La planta hombre, como dice Alfieri refiriéndose a los italianos, se conserva allí en su salvaje robustez. Los vástagos de esa planta se extienden hoy por toda la redondez de la tierra, y es cosa de admirar el ensanche inmenso de ese imperio británico sin más ley que la fuerza puesta al servicio de la conquista en el exterior y del derecho en casa. *Dieu et mon droit* es el antiguo mote de las armas inglesas: "Dios y mis garras" sería más exacto.

Ese pueblo obedece a las condiciones de su naturaleza indómita. Quítales, a los ingleses, su aspereza nativa; tápales algunas minas de carbón; que suaves brisas del Mediterráneo vayan a disipar las nubes de humo de sus inmensas usinas, de sus inextinguibles fraguas, humo que a nosotros nos ahoga y entre el que ellos viven como en su atmósfera natural, forjando con ciclópeo vigor el hierro, instrumento a un tiempo y pedestal de su poder, el cual saben convertir por medio de una maravillosa alquimia en buen oro sonante, apártales de la rutina en que persisten con tenacidad inquebrantable; hazles menos voraces, échales agua fresca en su *grog;* indúceles a hablar en un idioma que no sea una lluvia de pedradas, el guaraní por ejemplo; emprende el enseñarles la mú sica, tarea gigantesca; convénceles que es más entretenido asistir a la ópera que el darse de trompadas; infunde flexibilidad y gracia al cuerpo de ese marino, de ese negociante, de ese *gentleman,* agentes de la civilización mientras el picta hace de las suyas por dentro; impídeles desayunarse con la noticia del cambio sobre Londres; rebájales los cuellos de la camisa; dales mate en lugar de té; no les dejes dormirse entre dos luces, pensando en sus especulaciones mercantiles o en la absorción de los territorios ajenos; consigue llevar a cabo éstas y otras reformas y sin pasar mucho tiempo habrán perdido la mitad de sus vastos dominios, empezando por devolvernos las Malvinas, abandonando luego a Chipre, que de cierto no consagrara Venus aparecida en sus ondas, para que los señores ingleses fuesen a meter allí su caballería y sus máquinas.

Pero así se guardarán ellos de hacerlo como de renunciar al *plumpudding.* Aunque se hunda el mundo seguirán envenenando con opio a los chinos, destripando a los Zulúes, trillando en la India las huellas de Warring Hasting, el célebre gobernador de Bengala. En cambio, mientras otras naciones decaen o se degradan, los descendientes de Egbert o Ethelwolf están en sus trece, y su famosa isla es el baluarte más inexpugnable de la libertad levantado por manos de los hombres. Allí florecen las letras, las ciencias y las artes; allí la palanca de Arquímedes es manejada por el más pujante de los pueblos, teniendo por punto de apoyo el banco de Inglaterra; la igualdad ante la ley es menos quimérica que en cualquier otra parte; se lee el

Times fresquito, y se puede contemplar el espectáculo de una gran nación que de puro orgullosa se cree la más feliz, la más bien gobernada del universo, aunque considerable nú mero de sus habitantes perezcan de miseria, confirmándose aquello de que, en la feria como en la corte uno se tañe y otro suena; allí al más empecinado demócrata le vienen ganas de sentarse a roncar en la Cámara de los Lores, con un millón de libras esterlinas de renta, caiga el que cayere, allí finalmente, tomando la vía férrea de Londres a Southampton, donde de paso había yo admirado la verde campiña, los corpulentos árboles, los setos vivos cubiertos de lúpulos y yedras, me cuelo como un gato por sobre los techos de las casas en la soberbia capital de los tres reinos.

Para tomar posesión del terreno entro en una fonda, llamo al mozo, un picta de seis pies, y le pido las dos cosas más grandes que ofrece Inglaterra: un *roast-beef* y la Magna Carta del Rey Juan. El picta se limitó a presentarme el roast-beef chorreando de sangre, flanqueado de patatas sin mondar. A fin de habituarme a las costumbres del país me resigné a comer carne cruda. Luego, queriendo, sin duda, propiciarse al parroquiano en perspectiva, me trajo de postre el jayán del sirviente un plato de ruibarbo, el cual le ordené ofreciese en mi nombre a una señora gorda, muy de cofia, y más colorada que un tomate, que estaba sentada al mostrador. Harto del *fiero pasto*, abonada la cuenta, venga un coche, y andando.

Paso por alto el hablarte de mis primeras impresiones; mas no dejaré de mencionar, aunque te escandalices, que entendiéndome con el ama de huéspedes de una hostería sospechosa, di allí un baile para festejar mi llegada, gastando en él cuanto tenía. Te lo cuento en expiación de mi locura. ¡Ah, la juventud! ¡y que haya padres todavía que larguen a sus hijos por esos mundos de Dios! En mi baile hubo orquesta. La componían dos viejos de peluca, ambos con gafas y llevando unas casacas antediluvianas de que sólo en Inglaterra se conserva el molde; uno tocaba el violín, y el otro el piano; ambos cantaban: ¡qué canciones! Imagínate dos perros aullando a dúo de puro hambre en la tranquera de alguna posta de Santiago del Estero; aquello era una especie de estrangulación musical. En cuanto a los convidados, sea dicho con verdad, no pertenecían ala más alta nobleza. Llegué a sospechar que hasta el cocinero de la casa, de corbata blanca, formaba parte de la concurrencia. Los danzantes giraban en derredor de una enorme ponchera colocada sobre un trípode en medio de la sala, y cuyas llamas azuladas, ya casi extinguida la luz de los quinqués, pendientes de los muros, daban al cuadro un aspecto fantástico.

Cuando al día siguiente de mi vuelta visité a nuestro Ministro Plenipotenciario, el sabio e ilustre patriota D. Manuel Moreno, recibido por él con obsequiosidad afectuosa, me dio los más sanos consejos para resguardarme de las tentaciones de aquella Babilonia. *¡Helas!* era ya tarde. Llevado por decírtelo. Me instigó a no ocultarle nada. Insistiendo en ello, mi relación le causó tal sorpresa, mezclada de cierta alegría, manifiesta en la expresión del semblante, que apenas comenzada, se levantó de su sillón, cerró la puerta del gabinete en donde estábamos, y volviendo a sentarse frente a mí, me dijo con un aire de curiosidad socarrona: "Cuéntame muchacho, vamos, cuéntamelo todo". Desembuché mis aventuras de la víspera. De vez en cuando el excelente anciano, en medio de mi relato, se agarraba la cabeza con las dos manos exclamando: "¡qué barbaridad!". Mas entretanto, sin duda acordándose de sus buenos tiempos, no quiso perder ningún detalle de mi noche londrina. Por supuesto, no faltaron las blandas admoniciones. Salí de allí catequizado, y a más munido de recursos, pues el señor Moreno tuvo la benevolencia extrema de anticiparme espontáneamente algunos fondos de los que yo debía recibir en París.

Entrado en quicio, aproveché el tiempo del modo mejor posible con la actividad de una ardilla, no sin echar de menos a mi cochero portugués. Todo lo vi, todo lo anduve. Asistí a la primera gran exposición en el palacio del cristal, entoné el *God save the Queen*, me quedé con la boca abierta ante el museo británico, bajé al *Tunnel*, recorrí las bóvedas de Westminster, visité a San Pablo, di largos paseos por Hyde Park, y me paré delante de todos los escaparates y anaqueles de las tiendas de *Oxford street*, mirando con soberana indiferencia sus riquezas en cuanto a desear su posesión, y hasta con desdén los más espléndidos diamantes, desde que tenía por mías las estrellas del cielo. Incompleta quedaría mi rápida reseña si no mencionase la Torre de Londres, también objeto de mi curiosidad de viajero: torre bravía, formada de parduscos sillares, con muros espesísimos, construida en el siglo XI por Guillermo el vencedor de Hasting, a la margen septentrional del Támesis: llena de sangrientos recuerdos y de magnificencias imperiales: fortaleza, armería, museo, palacio y calabozo, todo a un tiempo: famosa en los anales del crimen: monumento terrífico de siniestras y mortales contiendas.

Sobre todas las grandezas de Londres, la que más admiré fueron las bandadas de niños rubios, sonrosados, angélicos, flores animadas, triscando por los parques, y a las bellas, novelescas inglesas. En realidad éstas me parecieron divinas, ¡qué diablos!, tenía yo veinte años, aunque a pesar de los vapuleos del tiempo estoy por creer que me sucedería hoy otro tanto. Digan lo que quieran, no hay sangre más pura; ojos más serenos, manos más transparentes, frentes más límpidas, cabellos más vaporosos y brillantes, ya se desprendan en rizos dorados cual las espigas maduras, ya caigan sobre el cuello de azúcar en ondas ambarinas. Si a esto agregas una blancura de papel de arroz, labios que las cerezas envidiarían, dientes nacarados, el continente señoril, el velo de modestia echado castamente sobre el esplendor de la belleza, resultan unas mujeres que no parecen pertenecer a este mundo tan lleno de picardías sabrosas, sino hechas a propósito para figurar en algún sueño fantástico, después de haberse uno dormido como un ángel sobre un lecho de musgos embriagado por el olor de los azahares. Si alguna vez aspiras a una perfecta beatitud, hazte amar en inglés, y que te lo digan al oído en italiano.

Me alejé de Londres fortalecido por las emanaciones vigorosas de aquella tierra libre y próspera, *Marry England.* Llevaba en mis pulmones cierta cantidad del aire respirado un tiempo por Ricardo Corazón de León, el caballeresco Plantagenet. Sentíame más hombre. Vaya de paso un consejo oportuno. Como puede suceder que en tu calidad de demócrata entusiasta, te veas condenado a sufrir las consecuencias de tu apostolado, a saber, una destitución, un destierro, una buena paliza en las elecciones, u otra lindeza de este jaez, lo cual es capaz de dar al traste con la convicción más arraigada sobre los beneficios de las instituciones liberales, pues uno dice el bayo, otro el que lo ensilla; si por estas estrechuras has de pasar alguna vez y ¿quién puede jactarse de haber escapado a todas ellas? haz un viaje hasta las orillas del Támesis, aunque sea en la bodega de un jabeque, y te apuesto volverás confortado. La presencia de un gran pueblo, industrioso, patriota, altivo, prepotente, donde la ley es respetada desde el soberano hasta el más ínfimo patán, sirviendo de égida a la seguridad, a la dignidad de cada hombre y del cuerpo social, es un espectáculo propio para levantar el espíritu, un aliciente a la esperanza de vivir sin zozobra bajo las mismas garantías fijadas para siempre.

La *bella France* me abría de nuevo sus brazos, y me lanzaba en ellos como un joven amante. Vuelvo a mis amistades antiguas, a frecuentar las academias y los teatros, a correr de ceca en meta, haciendo flamear los gallardetes de todos mis caprichos, sacudiendo los cascabeles de

mi alegría matinal, sin más guía que la bullente juventud. Mi vida se desborda, a manera de una cascada cuyas aguas ora se despedazan en mil fajas al chocar los peñ ascos haciendo estrépito y espuma, ora se juntan formando murmurantes arroyuelos, o corren por el valle en hilos ocultos entre las altas yerbas, sin perder nunca limpidez ni la frescura del primitivo raudal en la montaña. Me entretengo muchísimo en conversar, en disputar con mis amables huéspedes. En algunas cosas trato de probarles la preeminencia de nuestra patria sobre la Francia misma. Vosotros, les digo, en materia de organización política no dais punto en bola, y lo mejor que podéis hacer es imitarnos. Si me hablan de orden administrativo, de la ciencia económica (yo asistía entonces al aula regenteada por Mr. Michel Chevalier), les sostengo que en esas materias les damos quince y raya, no existiendo en parte alguna financistas que se nos pongan por delante. Carecéis, agrego, de una cosa que se llama *presupuesto,* en nada comparable a vuestro decantado *budjet,* pues aquél es una especie de bizcochuelo al cual todo ciudadano viene en su día a dar su dentellada; ni habéis tenido bastante ingenio para inventar el medio de vivir sin rentas como unos príncipes, aumentando patriarcalmente la familia, sin perjuicio de salir de vez en cuando dando mandoble a diestra y siniestra para despejar el camino, que no todo ha de ser estarse uno enmoheciendo en la inacción. La edad de oro, *pax perpetua,* existente sólo en el cementerio, según Leibnitz (lo mismo ha podido ocurrírsete) es buena para consignarla en los tratados que por quítame allá esas pajas se rompen a sablazos, o para rellenar los discursos de Víctor Hugo, cuando fatigado de los aplausos se propone hacer bostezar a su auditorio. Nosotros, señores, nos reservamos el placer de una guerrita cada añ o, y así conservamos la integridad de las pasiones distintivas del hombre, no queriendo ser los eunucos de la civilización.

Tratándose de la admiración que la vanidad francesa se complace en infundir al extranjero por sus monumentos, pintándoles hasta en las cajas de fósforos, fui más de una vez paradójico o ligeramente epigramático, encontrando siempre en mis interlocutores la correa y flexibilidad que los distingue. Pero no nos negaréis, solían decirme, usando una frase consagrada, que *Paris est le cerveau du monde.* No, respondía yo, *Paris est l'estomac du monde,* tales son vuestras tragaderas, tal vuestro poder de digestión.

Entretanto, me maravillaba la pasmosa actividad intelectual de esa nación ilustre, que tiene el arte de las generalizaciones y de los deslumbramientos, siendo el más festivo y el más zalamero de los pueblos. ¡Ah, cuánto más grande se nos presentaría si escuchásemos sólo la voz de su preclaros ingenios, si se callase esa caterva de escritores hermafroditas que aturden al mundo con su locuacidad corruptora! Los timbres de Francia en los anales del progreso humano son tal altos, que quizá ningún otro pueblo lo representa de una manera más completa en sus caracteres esenciales. Su historia ofrece en todos los tiempos el fenómeno desconocido en las demás naciones, de la marcha armónica de las ideas, las doctrinas y los hechos, precediendo siempre las primeras a los grandes movimientos sociales, o confundiéndose con ellos. Allí jamás hubo discordancia, como se ha visto en Alemania, en Inglaterra, en otras partes, entre el desarrollo de la inteligencia y las costumbres públicas o el sistema político, resultando de la unión de sus fuerzas en el pensamiento y en la acción, el hecho fundamental de su historia, que lo es también de la civilización universal. Sobre este punto, Michelet y Guizot entran en consideraciones importantes, dándose la satisfacción de ensalzar justamente a su patria, en donde a pesar de las burlas de Voltaire, desmentido por su propio espíritu, reina el buen sentido, un buen sentido más filosófico que práctico, más penetrante que especulador.

Si la Francia no ha podido hallar la fórmula definitiva de su sistema político, no es menos cierto que en medio de sus oscilaciones debidas a la versatilidad y viveza del carácter

nacional, supo conquistar de antiguo las más preciosas garantías para la vida, la prosperidad, la familia, garantías cimentadas en las costumbres y establecidas en los códigos. Los eclipses en este orden, producidos por las revoluciones, han desaparecido con ellas, sin que su furia alcanzase nunca a descuajar las raíces del árbol, plantado por la mano de la civilización y la justicia, y sostenido por el amor de cien generaciones. Entretanto obsequiosamente atribuida a su personalidad por el segundo de los historiadores ya nombrados, considerado como entidad social, no tiene, ni con mucho, en igual grado que el romano antiguo, el inglés o el americano en nuestros días, la alta conciencia de su derecho y de su fuerza, ni tampoco la soberbia independencia que caracteriza al español. Pero la colectividad de los miembros de la gran familia a la cual pertenece, por más que cada uno de ellos carezca de originalidad e iniciativa, pues todos son idénticos, forma un núcleo bien ordenado, inteligente, poderoso, capaz de resistir al combate de las revoluciones y los siglos. En Francia nada hay grande sino la Francia misma. Observa a cualquiera de sus hijos; le verá vivo, arriscado, inquieto, voluble, zumbón como una abeja. Mas el hecho es que muchas abejas forman un panal, y el que han labrado los franceses es tan rico que, siguiendo el símil, allí acude el mundo entero a procurarse cera y miel; cera, para alumbrar los altares del arte y de la ciencia; miel, para endulzar la copa en el banquete de la vida. Yo también fui a tomar mi pequeña parte en esa rica e inagotable colmena y aún conservo su sabor exquisito en el corazón y en los labios.

Mientras sentado en el césped a la sombra de los castaños del regio parque de Versalles me deleitaba leyendo en alta voz, rodeado de un coro de distinguidas señoritas, lindas, sonrosadas, conmovidas, los versos de algún poeta favorito o que me entregaba a las distracciones propias de mi educación y de mi edad, el despotismo conspiraba en la sombra, preparándose a sorprender, a asesinar la República. El 2 de diciembre de 1851 quedará señalado entre los días nefastos de la historia de Francia. En esa fecha se entronizó en ella la traición y se enlutó su escudo, no sin que ánimos valientes tentasen un esfuerzo supremo para librarla de la ignominiosa celada. Cúpome el honor de recibir entre las filas del pueblo amotinado, el fuego de los pretorianos al servicio de la ambición rampante. Me desgañité vivando a la República, execrando al usurpador y sus esbirros. En mi posada creíanme perdido, pues no aparecí en ella en tres días. Puedo asegurarte que si no recibí un fusilazo, no fue por falta de ocasión. Triunfando al fin la fuerza, como sucede de costumbre desde el primer trancazo que se le ocurrió dar al hombre, me llamé prudentemente a sosiego, y para mejor hacerme el muerto, hice una excursión al *Père La Chaise*, sabes, el principal cementerio de París.

Donde quiera que voy visito siempre la casa de los muertos, ya sea en una capital ya en una aldea; homenaje de respeto al pueblo que me hospeda. En ese pedazo de tierra consagrada, medito sobre la inestabilidad de las cosas de este mundo, y dedico un recuerdo piadoso a mis hermanos desconocidos que no existen, y muchos de los cuales vagaron cual yo, quizá, a merced de un oscuro destino, hasta sumergirse en la noche profunda. Allí en la órfica mansión, puede leerse en las piedras tumulares la grandeza o la degradación del pasado, la civilización o el atraso del presente. Cuando menos se piensa se tropieza con la fosa de un héroe, de un sabio, de una beldad famosa, de un poeta inspirado, de un artista supremo. Si las ortigas no crecen sobre sus despojos; si por el contrario, el musgo se encuentra exento de malezas; si están verdes las enredaderas pendientes de las cruces, frondosos los árboles fúnebres que dan sombra a reliquias amadas, pulido y limpio el mármol destinado a las inscripciones lapidarias, es señal evidente de que nos hallamos en el seno de una sociedad honrada y culta. Por el respeto a la muerte se gradúa la dignificación de la vida. Mi primer cuidado al visitar el camposanto, fue depositar un ramo de violetas en el sepulcro

donde juntos yacen Eloísa y Abelardo. El amor, pensé, es superior a todo. Dios encendió su llama vivificadora y sublime, que ningún viento podrá apagar jamás. Los que han sabido alimentarla con la esencia más pura de su ser, mejor que nadie simbolizan el vínculo sagrado que une al hombre con la divinidad. ¡Honor a su memoria! Y luego, vagando por los melancólicos ámbitos de la vasta necrópolis, me sentí sobrecogido de tristeza en medio del silencio de tumbas. ¡Cuántas grandezas destruidas! ¡Cuántas vanidades reducidas a polvo! ¡Cuánto amor, cuánta inteligencia extinguidos entre aquellos mármoles helados! ¡Qué torrentes de lágrimas no representan esos millares de sarcófagos de estatuas, de simulacros, de obeliscos, de urnas cinerarias, de pirámides, de humildes sepulturas, señalando el naufragio de existencias caras a la humanidad, a la patria, a la familia! ¡Paz a los muertos! Y nosotros, peregrinos ya fatigados de una larga jornada, ¿dónde descansaremos? Dejemos estas cosas tristes, y adelante.

Comenzaba a serme ya pesada mi residencia en París, que tengo invencible aborrecimiento al despotismo, cuando los sucesos de la República subsiguientes a la batalla de Caseros, precipitaron mi regreso. En cuanto supe el derrumbamiento de la dictadura, escribí a mi buen padre manifestándole mi deseo de volver a su lado. Pocos meses después, sin haber aún recibido una contestación terminante, llegaba yo al Río de la Plata.

Por fin tornaba a ver la patria después de largos años de ausencia. No bien por entre los jirones de la niebla matinal vi delinearse a Buenos Aires en el horizonte lejano, palpitóme el pecho fuertemente y se me agolparon las lágrimas: "Allí estás, madre ilustre de esclarecidos varones, tutela un día y escudo de la independencia de América, convaleciente apenas de tu fiero martirio. Tu hijo desconocido te saluda con amor y respeto. Demasiado joven para haberte servido con provecho, peregrino, ha quemado su incienso en altares incógnitos y en misteriosas aras. Oscuro, ignorado, sin fortuna, sólo te trae un corazón entero, una fe inquebrantable en la justicia, un deseo vehemente de consagrarse a tu servicio, de sacrificarse si necesario fuere por tu dicha".

A medida que avanzaba hacia la playa, voy reconociendo los sitios, los templos, los edificios de la ciudad natal, tan caros a mis recuerdos de infancia. Aquélla es la cúpula de la catedral, donde tantas veces vi a mi madre en las místicas elevaciones del sagrario; enfrente, la Alameda, en la cual extraño no ver los grandes ombúes, refugio a mis escapadas de la escuela; a la derecha, las torres del convento de las Catalinas, asilo de vírgenes cristianas, que como el de San Juan, cuya campanita resuena en todas partes en los oídos de los hijos ausentes de Buenos Aires, deja escapar de sus claustros la oración, transmitiendo a las almas sencillas su santidad y su perfume. Aquél es nuestro viejo Fuerte con sus macizos murallones, dominados en los extremos por los cubos o atalayas ennegrecidos del tiempo, venerable monumento de la conquista y de la patria redimida, compendio en piedra de nuestra vida histórica, desde don Juan de Garay, su fundador, hasta la Revolución de Mayo, y desde entonces hasta el momento oprobioso en que le derribara la piqueta manejada por , la mano sórdida de la especulación. Ya se oyen las campanas; las reconozco en el tañido; parece que me llamasen a orar. Sí, aquí estoy dando gracias a Dios que conduce la nave al puerto, y vuelve al redil la oveja descarriada.

Una ráfaga del pampero ha disipado la neblina. La aurora fresca y brillante se refleja en las aguas que se tiñen de púrpura. Ese cielo límpido es mi cielo, esa tierra es mi tierra; allí nací, allí quiero morir. Unas horas más, y me habré sentado de nuevo en el hogar de mis padres.

Recién desembarcado, ignorante de los sucesos políticos, vi al atravesar la plaza de la Victoria, yendo en dirección a mi casa, un trozo de tropa en formación. Pregunto qué significaba aquella gente, y me contestan que estaba recibiendo el premio por la revolución de septiembre. ¡Otra te pego! Está probado; la tiranía en estas regiones es planta indígena que hasta prende de gajo, a despecho de la Libertad, a quien estaríamos justificados si al dirigirle nuestras súplicas y redimientos, lo hiciéramos llamándola como Don Quijote a Dulcinea, "alta y sobajada señora". Apenas cae de bruces un tirano, ¡zas!, otro más bigotudo que el primero; y si a éste se le da una zancadilla, pululan luego una porción de tiranitos saltones, más difíciles de extirpar que la *Philoxera Vastatrix.* Me encontré con un tribuno en cada bocacalle y un escritor en cada teja. ¡Ya se ve, tantos años de comprensión y violencia! Abiertas la válvulas de la máquina, el vapor se escapaba a bocanadas. Sentía el pueblo la necesidad de desentumecerse, de hacer uso del privilegio indiscutible de su actividad, de su energía. Toda voz que le hablase en el sentido de sus aspiraciones renacientes, podía contar anticipadamente con su aplauso aunque esa voz no fuese más que la del empirismo declamador, o el instrumento de la facundia demagógica. Como si se tratase de una revolución social, se intentaron suplantaciones violentas. La elocuencia callejera hacía estallar en los corrillos o en los clubs políticos, que llegaron a ser una potencia, el resentimiento enconado de las vejaciones sufridas. La pasión lo gobernaba todo. En tales circunstancias los más osados prevalecen. A caro precio, sin embargo, se conquista esa influencia, pues los que han medrado entre el tumulto, se ven fatalmente impelidos a seguir el capricho de las turbas, con toda su insensatez e inconsecuencia. Así acontecía entre nosotros. La escuela, si tal puede llamársela, de no pocos de nuestros hombres públicos, en el día conservadores decididos, fundaba sus máximas en la prepotencia de las facciones oligárquicas. Los años andando, han podido convencerse de la enormidad de semejante sistema. Hoy, después de tanto tiempo de experiencia y de lucha, deben haber aprendido a costa de desengaños acerbos, la dificultad insuperable de avanzar en las vías del progreso, sin utilizar los medios de antemano existentes. Nada es repentino en el mundo moral; sus germinaciones sensibles o latentes se efectúan en lento y sucesivo desarrollo. Si escapan a la percepción de los que sólo consideran los hechos por su faz ostensible, esos espíritus superficiales no debieran olvidar que el mar más proceloso suele ocultar nácar y perlas en su seno. Ni la sociedad, ni la civilización se improvisan. Cada generación por desgraciada que sea, lleva al campo de su labor el contingente de sus fuerzas o la lección de sus dolores. Cuando un pueblo no está condenado a sucumbir, aun en las épocas más aciagas de tiranía y servidumbre, sus mismos vicios ponen de relieve las virtudes contrarias, no concibiéndose el súbito cambio de la inmoralidad a la honradez, de la ignorancia a la sapiencia, de la cobardía al heroísmo. El cúmulo de los acontecimientos, sus consecuencias forzosas, funestas o benéficas, es lo que forman la herencia común de las naciones, que a nadie es dada repudiar. La historia establece la solidaridad de la patria, de todos sus hijos, con su propio destino, y debe ser así desde que en ella existen las causas de su miseria o de su grandeza. La importancia real de los sucesos eslabonados unos a otros, es independiente del criterio apasionado que ofusca a los partidos militantes, con sus planes de reforma revolucionaria, sus ambiciones, sus venganzas, llegando hasta la temeridad de erigirse en árbitros de los elementos sociales, cuando en las reacciones políticas, aun después de habérseles creído completamente anonadados, dan testimonio evidente de su vitalidad.

Muy petulante ha de ser quien se atribuya el impulso que la muchedumbre y la opinión reciben de sus propios instintos, y más todavía aquel que aspirando a elevarse sobre los demás fulmine condenación en masa, pretendiendo regenerar la sociedad con los alardes de un puritanismo embustero. La tiranía es más bien una calamidad que una degradación para el

pueblo sometido a su ominoso yugo. Así como la libertad tiene sus fuentes escondidas en las cimas casi inaccesibles a la flaqueza humana, no siendo posible improvisarla, el despotismo trae su origen de principios desarrollados entre las sombras de la barbarie y da la guerra. Es preciso cavar hondo para encontrar sus raíces, y no es justicia hacer recaer toda la responsabilidad de sus desmanes, precisamente sobre los que se hayan visto condenados a recoger con más duro afán la cosecha de sus frutos amargos.

¿Cuál fue el resultado de haberse desconocido estas verdades? Evítame pintar una época sin horizontes y sin grandeza, en que los caracteres desaparecen en el torbellino de las contiendas civiles, provocadas por una propaganda que afilia a sus banderas a los aventureros del sable y a los energú menos de la palabra escrita; época de los sofistas, de los tornadizos, de los intrigantes, que después de guerrearse a muerte, entre una conjuración y una batalla, en el mismo plato con sus enemigos mil veces execrados, sin perjuicio de clavarles un puñal por la espalda, o de recibirles debajo de palio para trepar juntos al poder, según las conveniencias del momento. ¿Qué resta de todo ello? Los arrepentimientos tardíos, las enseñanzas pagadas a precio de lágrimas y sangre.

Dispénsame si he abandonado una vez más el tono familiar de esta carta, no con el intento de hacer recriminaciones importunas en que caerían envueltos tirios y troyanos, sino para mejor señalarte los escollos por donde debí conducir mi desmantelado bajel. Quizá los hombres empujados por los sucesos de tiempos tumultuosos, tengan en sus propios méritos, en las influencias ajenas a su voluntad, en sus servicios de diversos géneros, en su inteligencia activísima, en sus miras secretas, atenuaciones dignas de tomarse en cuenta. Pero a quien jamás cortejó a la fortuna, a quien arrostró en su misma patria la oscuridad, la pobreza, la animadversión de los poderosos y de las facciones triunfantes sin transigir con nadie ni con nada que no fuese la verdad y la justicia, no es mucho le disculpes la severidad de sus juicios, manifestados tantas veces de frente, sin odio y sin rencor, en señaladas ocasiones y en medio de las más penosas circunstancias. Con tales condiciones de carácter no se medra, si no van unidas a otras de que probablemente carezco. Vi correr los años sin que nadie se fijase en mí. Fiel a mis principios me mantenía a igual distancia de la demagogia que de la autocracia revestida con el resplandor de la victoria o con el aparato de la ley.

Sólo una vez salí de mi aislamiento, en el comienzo de la época a que me voy refiriendo: cuando el coronel Lagos se puso al frente de la campaña sublevada. Por más que ese acto tuviese su explicación en las temeridades del poder, preferí colocarme entre los sostenedores de la autoridad, a combatirla a mano armada, esperanzado a que la resistencia a su política, obligándola a contemporizar con la opinión de la mayoría de la República, la haría en lo sucesivo más cauta sin derogar de sus prerrogativas.

Monté a caballo, y desde el primer momento de la revolución, en la Plaza del Parque, frente a los sublevados, me puse al lado del general Pacheco, ministro de la guerra, a quien sólo acompañaba en ese momento su ayudante Romero. Fogueado ya en París, no ajeno al conocimiento de las armas, era yo un veterano de las escaramuzas de la calle. Durante unos dos meses, siempre acompañ ando al general, desarmado al principio, con no poca jarana de mis alegres compañeros que no adivinaban mi repugnancia a guerrear entre hermanos, ceñido luego de mi gran durindaina que a nadie descuartizó, asistí a algunas guerrillas, jurándote por la memoria del Cid, no haberme sobrecogido el menor miedo cuando a diez cuadras de distancia algún paisano, haciendo caracolear el pingo, disparaba al aire su carabina de chispa, aplicando la culata en el muslo. Así y todo, no dejaron de haber algunas desgracias, en sumo

grado deplorables cuando el zipizape es entre casa. Yo, francamente, no participaba en manera alguna del odio insano al paisanaje que oía estallar en mi alrededor, sin dejar de ocurrírseme alguna vez al ver avanzar al general Pacheco, lleno de marcial arrogancia, rodeado de sus noveles y briosos ayudantes, que si a nuestros adversarios morrudos, faltándole el respeto, se les antoja darnos una carga de firme, teníamos muchas probabilidades de ir a contar el cuento a los Campos Elíseos. Pero, en fin, respecto a mi humildísima persona los hados lo dispusieron de otro modo, sucediendo que cuando comenzaba a arreciar el chubasco, desterrado mi padre por un acto atentatorio del Gobierno, causa para nosotros de indignación y de ruina, no me fuese posible continuar por más tiempo sosteniendo a quien pagaba con tal vileza la lealtad probada de un patricio eminente, siendo yo, su hijo, de los primeros en acudir al peligro.

Obtenido, como de razón el permiso de ausentarme, pasé a Montevideo, a donde acudió la familia naturalmente anhelosa de rodear al amado anciano a quien su ciudad natal, no respetando en él a uno de los más ilustres fundadores de la Independencia de Sur América, le cerraba sus puertas por la mano de improvisados mandones.

Hecha la paz, una paz pegada con obleas, y restituido a Buenos Aires, viví en el olvido más completo, refugiado a la sombra del hogar cariñoso. Sólo de tanto en tanto rompía el silencio para protestar contra lo hechos o las doctrinas de una época señalada por aberraciones deplorables. Mi voz se perdía sin eco, mi vida se deslizaba sin ruido. ¿Acaso la mayor parte de lo hombres no están destinados a pasar desapercibidos entre la multitud? Yo llevaba por empresa en mi escudo: VERDAD, JUSTICIA, INDEPENDENCIA; y con él me cubría en medio de la tempestad que envolvía a la patria. ¡Cuán poco la he servido! ¡Cuán estériles han corrido mis días! Mas el humilde labrador al cultivar su campo no es responsable de las inclemencias del tiempo, que puedan destruir o retardar su cosecha. Por otra parte, y mirándolo bien, es discreto no exagerar las cosas. ¿Creeráse por ventura que haya Dios creado al hombre ex profeso para meterse en todas las embrollas políticas, vestirse de guardia nacional, hacer y decir barbaridades a destajo, echar los bofes vitoreando a los ídolos del día, hechos de alcorza, ser diputado a topadas, municipal a garrotazos, y pasar la santa vida dictando leyes de impuestos o comentando con horripilante facundia, pragmáticas y reglamentos que nadie se cuida de cumplir? No, señor, la humanidad tiene que seguir por donde la han empujado, aquí caigo, aquí levanto; los unos arriba, los otros abajo, y la casualidad en el medio. Cada cochino a su dornajo, nada de quejumbres. El mundo ha andado siempre como va, que decía el otro, agregando: los pobres han trabajado, los ricos han gozado, los poderosos han gobernado, los filósofos han argumentado, mientras los ignorantes se dividían la tierra. De todo ha de haber para que la carbonada sea completa, y convendrás que se puede ser buen ciudadano sin aspirar al consulado. También la sombra agranda a los objetos. No todo ha de ser amontonar uno sobre el otro el Osa, el Ida, y el Pelión para escalar el Olimpo. Yo, que jamás me dediqué a tan ruda tarea, amaba mi oscuridad como el águila solitaria ama el peñón donde ha puesto su nido, pudiendo repetir lo que leía anoche hojeando a Sidonio Apolinario, el santo Obispo de Clermont: "Entre el despotismo, la invasión, los delatores, los bárbaros y los exactores, es una gran satisfacción el escapar a la política y a los potentados del día". Llegó el instante, sin embargo, en que me vi empujado a la arena donde se defendían los intereses públicos. Nombrado el doctor Derqui presidente de la Confederación Argentina, fui requerido para ocupar el puesto de subsecretario de Estado en el Departamento de Relaciones Exteriores. Durante dos años desempeñé ese cargo, al lado de cinco diferentes ministros, sirviéndole hasta poco antes de derrumbarse la administración que gobernaba la República, excepto Buenos Aires, temporalmente segregado. Modestia aparte, te

Librodot

afianzo que trabajé como un negro. Las memorias del Ministerio, las notas diplomáticas, la correspondencia pública y privada, cuanto en ese tiempo salió de mi departamento, mediante las instrucciones requeridas, fue exclusivamente redactado por mí, quedándome la satisfacción de haber contribuido, aunque en escala secundaria, que el gobierno argentino prevaleciese en cuantas cuestiones fueron debatidas o ventiladas en esos tiempos de prueba, con los agentes extranjeros, afirmando lo verdaderos principios de reciprocidad y justicia que deben regular nuestras relaciones internacionales.

Tan graves ocupaciones no pesaban tanto sobre mí que me impidiesen pasarme luengas horas de la noche jugando a *primera* con algunos viejos marrulleros, entre los cuales no faltaba quien marcase las cartas con las uñas, sin duda por imitar a San Francisco de Sales, de quien cuenta el Duque de Saint-Simon en sus memorias que trampeaba al juego, mas era para socorrer a los pobres. El sueldo de subsecretario, pagado a veces en bolsones de cobre, a pesar de lo bajo del metal, solía pasar a manos de los susodichos lagartones, quienes con sus uñas y todo no se escaparon de que de tarde en tarde les apretase las clavijas. Ya ves que no me embozo para ocultarte los remiendos. Por la mañana a los asuntos graves, tratados con la seriedad requerida; a la noche un criollo capaz de darle tantos al *truco* al mismo Santo Vega, aunque es probable que con tantos o sin ellos Santo Vega me habría desplumado. Ni era yo sólo en los deslices nocturnos: también se resbalaban, con raras excepciones, los más encopetados personajes, no bien el rubio Febo se ponía el gorro de dormir, quedando envuelta en las tinieblas la capital argentina, el Congreso, arremangándose sus miembros las veneradas togas, se ponía a *orejear*. Podían aquéllos no ser muy elocuentes, pero eso sí, echaban unos *fluses* que espantaba. En este manejo sobresalían los diputados de San Luis. Al día siguiente con fisonomía eremítica, hechos unos Catones, echaban leyes por esas bocas que daban ganas de trastornar el país sólo por el gusto de verle organizar de nuevo tan arriscadamente. Con el contacto de los susodichos señores, me convencí de que la Confederación era indisoluble: todos cortados por la misma tijera; los mismos vicios y las mismas virtudes. Métale usted el diente a semejante mazacote. Supongo no te escandalizarás de mi lisura; son cosas de la tierra, y hemos nacido en estos pagos.

A lo mejor de mis tareas oficiales aconteció que se arreglasen las disensiones con Buenos Aires, y hubo aquello de la suntuosa recepción de Urquiza y Derqui en la capital del Plata, motivo de tristes reflexiones sobre las veleidades de los hombres y la inestabilidad de los sucesos. Aprovechando la ocasión vine a visitar la familia. Los bailes, las recepciones, los banquetes, se sucedían teniendo en movimiento a la ciudad entera. El subsecretario de Relaciones Exteriores no asistió a ninguna de esas fiestas. Pero hice algo ciertamente mejor; casarme con una bella y virtuosa joven, que fue luego la madre de mis hijos; tú los conoces, ¿no es cierto?; no los hay más graciosos.

Seguramente recuerdas que apenas terminados los mencionados banquetes, se rompieron los platos, y tras los platos, las cabezas. El gobierno del Paraná, donde continué ejerciendo mi cargo, cayó de bruces empujado por la traición y la intriga; mas no logró aplastarme en su caída, pues antes del porrazo, fundándome en buenas razones, había hecho yo renuncia de mi empleo, negándome en seguida a aceptar el de subsecretario del Ministerio de Gobierno para el cual fui seguidamente nombrado. Me retiré a tambor batiente y con los honores de ordenanza.

Aquí me tienes surcando el Paraná, rumbo a Montevideo, en un barquichuelo cargado de cueros hasta el tope, en donde me zampé, en el Rosario mediante cuatro patacones, mi único

Librodot

peculio en este mundo, después de haberme descrismado por mantener la paz con todos los príncipes cristianos.

La tripulación de mi nave se componía de unos cinco marineros genoveses, fornidos y curtidos del sol, sin contar el patrón, y un enorme mastín. Al poco tiempo de estar juntos, de comer en la misma escudilla, tomé ascendiente sobre mis compañeros de viaje, con quienes mantenía largas conversaciones, tendidos los más en el combés del barco, mientras se deslizaba suavemente sobre las aguas del río. Aún escucho sus cuentos, sus canciones, sus grandes carcajadas. Llamábanme su capitán. Nunca he sentido mi vanidad más satisfecha.

Aquellos trabajadores del mar que ni se curaron de preguntarme mi apellido, ni sabían cosa alguna de mí, templaban con sus servicios de cada instante, con sus atenciones toscas, pero afectuosas, lo áspero de la vicisitud que me impelía a dirigirme desvalido a la tierra extranjera.

Duró el viaje veinte y tantos días; poco me importaba que se hubiese alargado mucho más. No tenía prisa en arribar al puerto donde debía presumir que me esperarían rigores de la suerte. Durante mi odisea, a cada paso, recalábamos en las islas del tránsito. Allí, en la inmensa soledad, aspirando los olores montaraces de la tupida hojarasca, exento de toda mundana aspiración, quebrantado, sin norte, náufrago en el océano de la vida, me encontraba aún capaz de ser feliz en una choza perdida en la espesura, rodeado sólo de las prendas más queridas a mi corazón entristecido: sueños de la imaginación en las horas de la melancolía y de la ausencia.

Desembarcado en Montevideo, después de apretar agradecido las manos callosas de los marineros, mis amigos, a quienes ya no he vuelto a ver más, encontré allí a mi protector y mi padre. Me arrimé a su lado y participé como siempre de su pan y su techo, que no hay hijo que haya recibido más beneficios de quien le diera el ser. Pero su posición era en extremo precaria, y habiendo regresado a Buenos Aires, quedéme yo a Dios y a la ventura. Felizmente pude encontrar en una imprentilla, merced a los empeños de un amigo, el oficio de corrector de pruebas.

Incapaz de transigir con la victoria, manteníame ausente de los míos con la esperanza de que el acaso me hiciese mejorar de fortuna. Entreteníame en esas imaginaciones, cuando recibí de una respetable casa de comercio de esta plaza, una inesperada propuesta propia hasta cierto punto de alimentar mi ilusión. ¿A que no adivinas qué me propusieron? ¡Hombre! Ésta sí que no estaba en tus libros, ni tampoco en los míos: se me invitaba, mediante las más generosas condiciones, a trasladarme a Río de Janeiro, con facultadas, amplias, a fin de obtener allí por medio de mis amistades y la cooperación de personas influyentes, un privilegio para la introducción al consumo de cierta carne conservada, resistente por el método especial empleado en su elaboración, a las influencias deletéreas del calor y del aire. Desde luego debí apercibirme que la cosa era contraria a los intereses económicos del Brasil, que comercia en productos similares, y hasta sospechar que pudiese llegar a ser perjudicial a los estómagos de los súbditos de S. M. Imperial, pues la tal carne más parecía un cuero de búfalo resecado al sol, que no alimento de cristianos. ¡Mas qué quieres, las circunstancias...! Si en ese tiempo me comisionan a ir a proponer en venta un cargamento de tocino al mismo gran Rabino da Jerusalén, me largo en el primer piróscafo y me voy derechito a ofrecérselo sin santiguarme, aunque el redomado judío me hiciese ahogar en la piscina de la sinagoga.

Emprendí la marcha inmediatamente al Janeiro. Ganas tuve de enarbolar a guisa de pendón un trozo de mi charqui y plantarle la inscripción del lábaro triunfal de Constantino IN HOC SIGNO VINCES; pero hube de contentarme con llevarle muy bien acondicionado en mi equipaje, cual si fuera oro en paño. Llegar y ponerme en campaña fue uno. Me encontré a los antiguos amigos en plena prosperidad, en altas posiciones. El que menos era Ministro de Estado. Al verme creyeron cándidamente algunos que les iba a presentar mis credenciales de Embajador. ¡Ay!, ignoraban los benditos las cosas de por acá, y que mientras ellos habían subido suave y naturalmente la montaña, me había quedado yo como san Alejo, aguardando debajo de la escalera de la fortuna.

No bien iniciaba mi asunto, la respuesta infalible era soltar la risa: "¡Tú, expendedor de carne!", me decían. "¿Acaso en el Helicón hay saladeros? ¿O te envían las Piérides disfrazado de mercadante a fin de sorprendernos, metamorfoseándote a lo mejor en cisne perseguidor de alguna Leda misteriosa o en dragón alado, para llevarte a Couto en las garras por los aires, a la manera que el águila de Júpiter arrebató a Ganimedes?". "Nada de eso", contestaba yo, "me trae sólo la seráfica intención de hartaros de un alimento nutritivo, de engordar a este Imperio algo desmedrado, que así se vengan las almas generosas, esperando que no se me obligue otra vez bellacamente a pasear contra mi soberana voluntad. Comed mi tasajo, y la llevaréis perdonada".

Pasadas las bromas, en cuanto se abordaba con seriedad la importante cuestión alimenticia, todos sin discrepancia me ofrecían gentilmente su apoyo. La principal diligencia, que debía hacerse en dos días y que duró seis meses, consistía en obtener de cierta sociedad científica un dictamen favorable al decantado producto para cuya introducción en el mercado se solicitaba la consabida exclusiva. A ese objeto mandé a dicha sociedad el mejor trozo de la carne salada que por mal de mis pecados y a pesar de las demostraciones especulativas más claras de ser resistente a la humedad, había empezado a enmohecerse y cubrirse de unos bichos aún no clasificados en la entomología. El contraste era grande; urgía remediarle a todo trance. Quizá aquello no pasaba de un accidente fortuito. Entretanto, mientras los bichos se multiplicaban, unos diarios proclamaban a trompa tañida la excelencia del nuevo invento, otros aconsejaban al Gobierno su inmediata adopción; el mundo no podía ya pasarse sin el precioso manjar.

Para patentizar con el ejemplo sus calidades superiores y popularizar el negocio en lo posible, tomé a sueldo a un dinamarqués de pelo colorado y ojos saltones color de añil, especie de antropófago con dentadura de caimán, quien no tenía más misión que la de encarecer el charqui entre la gente proletaria, llevando su celo hasta devorárselo crudo. Me queda el remordimiento de que pueda haberse muerto de escorbuto en la bodega de alguna embarcación ballenera.

La solícita voracidad del dinamarqués no era bastante: faltaba lo más arduo. La mencionada sociedad no despachaba mi asunto, y los bichos del tasajo iban criando alas. A la primera larva que apareciese en la lonja de charqui sometida al análisis, todo estaba perdido. La casa empresaria que había gastado tres mil onzas de oro en sus experimentos, no cesaba de asegurarme la certeza de sus cálculos, y por tanto su confianza en el buen éxito de mis operaciones. Mi posición tornábase difícil. Por un lado las afirmaciones de hombres competentes y bien intencionados; por otro el clima burlando las más halagüeñas esperanzas. Era necesario saber a qué atenerse. Tomé mis medidas. Noticiado de que el presidente de la sociedad cuyo dictamen esperaba, era un eminente químico que pasara su vida entre alambiques y retortas, compré sus obras de que estaban repletas las librerías, pues no obstante

su alta reputación nadie las compraba, y me las leí trasnochándome: sacrificios oscuros rara vez apreciados. Con este lastre me presenté a visitar al afamado autor. Antes de ocuparse de mi charqui me habló de sus libros. ¿Cuál no fue su sorpresa al ver que yo se los citaba de memoria? Aquel hombre eminente, ingenuo cual son por lo común los de su clase, no me ocultó su vanidad satisfecha. Regalóme una sonrisa de máscara, estirando la boca de oreja a oreja. Del primer golpe estaba ganado a mis banderas. Pero hay triunfos que se compran muy caros: no contaba yo con la huéspeda. Bien hecho. Quién me metió a lisonjero. Encantado el ilustre químico de haber encontrado un apreciador tan entusiasta de sus eruditas elucubraciones, me invitó con instancias a visitarle todas las noches para oírle la lectura de sus obras inéditas. Me sacrifiqué heroicamente. Temblé cuando el sabio implacable desplegó en batalla sus mamotretos a mi vista. *Alea jacta est:* se caló los espejuelos y con voz gangosa me sopló durante eternas horas el cúmulo inmenso de sus observaciones. Aquel hombre todo lo había escarbado, todo lo había sometido a su espíritu escudriñador, analizando hasta el puchero. Su consorte, cumplidísima dama, que solía asistir a las lecturas, víctima inocente de ese pozo de ciencia, tenía siquiera el privilegio de dormirse; yo, cuitado, sólo en los largos párrafos podía cabecear a hurtadillas, porque de vez en cuando el sabio me miraba por sobre los anteojos, temeroso de que se le escapara la presa.

Las sesiones se repitieron no sé cuántas veces. Salía de ellas saturado de ácidos, de óxidos metálicos, de sales, de cloruros, de gases y de fósforo; al menor roce me inflamo. El resultado fue un informe perfectamente fundado, probando del modo más incontestable las excelencias del malhadado tasajo. Desgraciadamente en tanto que la ciencia se ponía de su lado, el remitido en sendos fardos por la casa inventora conservado más de lo conveniente en depósito, no servía ni para cebo de los bagres. El negocio estaba terminado. No era decente empeñarse en hacer engullir a un pueblo culto semejante inmundicia. Resolví, pues, regresar a mis lares con lo encapillado, sin tener ni por ésas el mérito de que se pudiera decir de mí lo de Francisco de Asís, que hubiese trocado martas y brocados por la áspera jerga y el dorado cíngulo por la soga penitente. Hablando en plata, fui por lana y volví trasquilado.

Conocida es la historia de las pobrezas ilustres que no han tenido embarazo en exhibirse. Después de clásicos ejemplos, a nadie es mengua el confesar sus penurias. En cuanto a mí, ¿qué había hecho yo tampoco, para propiciarme a la fortuna? El mundo no es tan injusto como lo supone la vanidad literaria, ni es tan caprichosa la suerte. Una pluma no vale más, exceptuando los talentos superiores, que las calidades necesarias a la adquisición de un regular peculio. El ingenio aspira a las preeminencias de la fama; el dinero asegura el crédito, la independencia personal. En el sistema de las compensaciones esto es equitativo. Sería lo mejor ciertamente si todo pudiera conciliarse, y suele a veces suceder; pero el no monopolizar los privilegios de la inteligencia y los beneficios de labores honestas, aun de las más humildes, nunca dará fundamento legítimo a las protestas lamentosas del amor propio lastimado. ¿Acaso ese menestral, ese especiero, ese mercader enriquecido a fuerza de trabajo, de perseverancia, de economía, de cálculos certeros, de virtudes modestas se hallan en escala inferior respecto de los intereses comunes, a aquel alumno de las letras que por inclinación y por gusto va a buscar en las fuentes de la sabiduría el alimento de su espíritu? Frecuentemente la diferencia estriba en que aquellos aciertan y éste yerra. Vale más, por ejemplo, una pingüe cosecha que un mal poema, el inventar un buen plato, según opinaba Brillat-Savarin jocosamente, que el descubrir un planeta, y sería, agrego yo por mi cuenta, mucho más habitable un pueblo de pastores regido por un ogro, que una república compuesta sólo de filósofos.

No, el oro sabe perfectamente a qué bolsillos va a parar, y la sociedad hace muy bien de considerar, de mimar a los ricos, pues o nacieron ya con buen estrella, prueba de que sus privilegios vienen decretados de lo alto, y eso es muy respetable, o infatigable en el yunque han sudado la gota gorda antes de poder ponerse guantes. Es cosa averiguada desde Homero, que los poetas principalmente, deben estar siempre a la cuarta pregunta, y cuando el fenómeno, con pocas excepciones, se viene repitiendo desde la más remota antigüedad, bravo motivo habrá para ello.

Afiliado a la interminable falange de los cultivadores de la gaya ciencia que la crítica de nuestro doctor Wilde quería pasar despiadadamente a degüello, me vi sujeto a todos los percances de mi raza. Estaba escrito. No maldigamos del destino.

Parapetado en mis libros leía mucho y aprendía poco. Sin elementos para echar raíces en la tierra me refugié en las nubes. Otros entretanto con su ignorancia a cuestas, tenían las propiedades de las plantas trepadoras; enredándose al gran árbol de la libertad que llamaban, siendo sólo acaso un ombú carcomido; echaban vástagos, desparramábanse pomposos y subían, subían, hasta encaramarse, ahogando el árbol susodicho, a las áridas cumbres de la política en acción. Trepados allí, se transformaban como por ensalmo en gobernadores, en ministros, en éforos y arcontes, conservando una seriedad admirable, lo que no les impedía hacer cada barbaridad de espantar. ¿A cuántos, a partir del día en que se segregó esta Provincia de la nación constituida no vi pasar desde mi montaña desolada, cual sobre un lienzo los figurones de una linterna mágica; turba de nulidades precipitándose imbécilmente una tras otra de las alturas a que no soñaron encumbrarse, en las más profundas simas del olvido?

Por dicha nuestra al lado y enfrente de esas entidades postizas, raquítico engendro de la demagogia delirante, no faltaron nunca hombres de provecho en Buenos Aires, en la República Argentina, que sostuviesen los principios de la libertad en el orden, del derecho en los límites amplios de la Constitución. Sus esfuerzos, empero no alcanzaron a evitar los estragos de la guerra civil, ni la guerra del Paraguay, de tan desastrosas consecuencias, ni los manejos sombríos que sembraron la discordia y la ruina en la República Oriental. Momentos hubo en que la opinión parecía anonadada ante el éxito, vanaglorioso en presencia de los escombros de las Repúblicas hermanas. Entonces la voz de ningún argentino osaba protestar todavía en nuestra capital, sometida arbitrariamente al duro régimen del estado de sitio, contra los desmanes del poder, sostenido por una prensa desorientada y frenética.

En tales circunstancias quise salvar mi voto de ciudadano libre. Lo hice pública y vigorosamente. Algunos días de arresto mal pudieron sofocar los dictados de mi conciencia sublevada. Uniendo la acción a la palabra, agitado por la necesidad del sacrificio, fui a reunirme a los defensores de Paysandú, condenados de antemano a la derrota encontrando sólo a mi llegada las ruinas humeantes de la noble ciudad, y los cadáveres mutilados de sus héroes. Amenazado Montevideo de inminente catástrofe, corrí en seguida a pedir un lugar en las filas de los que se mostraban dispuestos a imitar la hazaña de sus compatriotas inmolados. Antes me había concertado con el doctor Carreras, Ministro de Gobierno, personaje el más prestigioso de la situación sobre un proyecto, que de haber sido apoyado según lo convenido, habría tal vez cambiado la faz de los negocios. Los orientales reconocidos generosamente a mi decisión en su favor, me acogieron con manifestaciones honrosas, anunciándose mi llegada hasta en la orden general del Ejército. No era acreedor a tanta; pero merecía, sí, haber tenido la ocasión de batirme defendiendo su causa tan indignamente hostilizada. No pudo ser.

Montevideo traicionado cayó sin combatir. Lleno de ira y de vergüenza cual si fuese cómplice en la vil trama que entregó aquella plaza, me retiré de ese campo de oprobio a vivir de nuevo en mi aislamiento.

Días fúnebres me esperaban en época cercana. Con la sola diferencia de un año perdí a mis padres venerados. Anteriormente había apurado en la familia irremediables amarguras. Más tarde, a poco de terminada la horrorosa epidemia que en 1871 asoló a Buenos Aires, y de que en seguida he de hablarte, la amable compañera de mi vida afanosa, mi dulce Sofía, se doblegaba como una palma bendita al soplo de la muerte.

Y, pues he tocado en cosas tan sagradas al escribir esta carta henchida de reminiscencias mundanas, déjame apresurarme a cerrar el santuario enlutado de mis afecciones más íntimas. Allí sólo yo debo penetrar con el llanto en los ojos y el recuerdo en el alma. Nada me asombra, ni me sorprende el dolor. Sé lo que debe el hombre a la naturaleza, y antes de confundirme en su seno, he pagado ya largamente tributo ofreciéndole en holocausto mi corazón en pedazos.

Sin pensarlo te he ido señalando el itinerario de mi viaje terrestre. Lo principal está ya andado. ¿Qué distancia tendré aún que recorrer? Si me detengo en el camino, ¿qué miro? Atrás, las ruinas de la felicidad pasada, sombras amigas murmurando en la soledad los últimos adioses, la esperanza tendida como una muerta en el declive de las verdes colinas, páramos y tumbas; adelante, el desierto con sus misterios, su solemne grandeza y su melancolía; los hijos todavía en la infancia, agrupados en la tienda desgarrada del viento, escuchando en actitudes de ángeles orantes los consejos de la verdad y del honor; y luego, las jornadas difíciles, la tempestad, la noche, el olvido... Sigamos firmes hasta el fin, y cuando haya de caerse, que sea con la sonrisa en los labios, serenamente, y en paz.

Dije que te hablaría de la epidemia cuya fecha he indicado, y en realidad estando de humor expansivo, no debía eliminar de mi epístola la memoria de aquel suceso lamentable; tan propio a dejar en el ánimo impresiones profundas. La fiebre amarilla penetró traidoramente en nuestra amada ciudad. Cundió con rapidez asoladora. El pueblo y las autoridades se aterraban, y Buenos Aires se moría. La descripción que hace Tucídides de la peste de Atenas, la de Bocaccio de la de Florencia en 1348, célebres ambas en la literatura y en los anales de las calamidades humanas, darían pálida idea del cuadro que se desplegó a nuestra vista: muerte, miseria, espanto.

De una población de doscientos mil habitantes reducida a cincuenta mil, más de una tercera parte de éstos sucumbe en el espacio de dos meses; lo cual supone un número considerable de enfermos escapados a los peligros mortales del contagio. En medio de este horror, la Comisión denominada Popular (de que tuve la honra de ser uno de los iniciadores, formando luego entre sus miembros activos), surgida de un *meeting*, reunido frente mismo de la Municipalidad azorada, domina por su energía, su eficacia, su abnegación intrépida. Es ella quien gobierna. Con su actitud llama al deber a las autoridades fugitivas o inertes, retempla los espíritus, aviva en las almas nobles la llama inextinguible de la caridad evangélica; delibera, organiza obra; se apodera del tiempo, junta el día y la noche; vigilante, infatigable, resuelta, impera por la voluntad, se impone por el sacrificio y levantando en alto la insignia de la piedad cristiana, triunfa con ella del miedo y de la muerte.

¡Ejemplo singular y honor precioso de las letras! Los hombres que forman la Comisión, figurando entre ellos dos ilustrados sacerdotes, son con rara excepción, periodistas, jurisconsultos, oradores. A su lado todo el que se acerca es valiente, que saben inocular en los demás la savia generosa de su alma varonil. ¡Imagínate cuán honrado me consideraría al lado de semejantes compañeros! Veinticinco eran, y de ellos, sin contar a los empleados auxiliares de los cuales Ballester es la primera víctima, mueren Roque Pérez, Manuel Argerich, y caen postrados por la fatiga o por la fiebre Cantilo, Mitre y Vedia, Gigli, Cittadini, Lagos, Wals, Gowland, Varela, César, Dillon, del Valle, Mariño, Ramella, levantándose algunos de la tumba, todos salvados de sucumbir en la catástrofe para volver de nuevo a ocupar su puesto de honor en la formidable batalla, unidos en haz compacto a los ambiciosos del bien, tan llenos de orgullo, que cuando concluye la epidemia, parecen desconcertados en su noble ardimiento ante un enemigo que huye cobardemente demente, y se envuelven en el silencio, ellos, señores de la palabra y de la pluma, confundiéndose entre la multitud, esquivándose enfrente de émulos ruines a todo signo aprobatorio, a toda expresión de gratitud por sus actos virtuosos.

Pudieras reprocharme que al elogiarles aparezca yo implícitamente comprendido en su encomio. ¿Mas cuándo acá le está vedado al soldado raso, que asistiera a un tremendo combate el señalar a los héroes? Y héroes fuisteis también vosotros, negro Tomás, pardo Ferreira, mis camaradas de los primeros días, con quien vivimos juntos, y juntos hemos dormido tantas noches el sueño interrumpido del centinela en su atalaya, rodeados de ataúdes en nuestro sombrío depósito o catacumba de la calle Bolívar, de que os conservasteis hasta el último guardianes celosísimos, estando en permanente contacto con la turba de los infestados de la fiebre que acudían en busca de socorro.

Muy oscuros pedernales Guardan destellos muy claros.

Si antes que yo encuentras por la calle a esos hombres del pueblo, repíteles esos versos que les vienen de molde.

Ni fueron los miembros de la Comisión Popular, ciertamente, los únicos en consagrarse al servicio de sus semejantes afligidos. Dado el impulso, Buenos Aires reacciona y se acuerda de su antiguo valor. La Municipalidad reforzada por hombres firmes, vuelta de su estupor, trabaja activamente. La policía a cuya cabeza está el pundonoroso O'Gorman hasta ser postrado por el flagelo, de que se salva milagrosamente, multiplica sus mezquinos recursos, y deja en testimonio de sus celos tendidos en el camino de la caridad a muchos de sus valientes empleados. Las parroquias recogen sus elementos y encuentran hombres buenos que se pongan al frente para conjurar la borrasca que a todos amenaza. Distinguidísimos médicos, fieles al sacerdocio de la ciencia, acuden desinteresadamente, sin darse punto de reposo, allí donde se solicitan sus cuidados, sea por quien fuere, y cuando algunos caen a la cabecera del enfermo, los que sobreviven parece que agregasen a la fuerza nativa de su espíritu, como una herencia fraternal, la energía de sus compañeros muertos en el cumplimiento de juramentos sagrados. Doloroso y sublime fue el tributo de los ministros del altar, de que hasta sesenta sucumbieron, a su divino apostolado. Muchos de ellos, y especialmente algunos párrocos, hacían recordar la conducta evangélica de Carlos Borromeo, el Santo Arzobispo de Milán, en la epidemia que devastó aquella ciudad (1576), conducta sublimada al grado de que la devoción cristiana haya atribuido al simple contacto de la tumba del excelso prelado la virtud de operar maravillosamente curas. Cuando los hombres proceden de este modo, débese calcular qué desbordamiento de amor y de ternura no habría en el corazón de las mujeres. Las

Hermanas de Caridad pudieron entonces agregar más de una rosa mística a la guirnalda que sus manos puras renuevan incesantemente al pie de la cruz del Salvador. Recordando esas consagraciones nobilísimas, quiero pasar por alto el proceder menguado de ciertos magistrados, puestos en la picota de la opinión por la desgracia pública que tan inferiores se mostraron, prefiriendo el amor de sí mismos al de sus semejantes, envidiosos del sacrificio ajeno sin ser capaces de imitarle. Sus nombres empañarían la aureola de aquellas nobles figuras de mujer, por cuyo rosario deberían haber cambiado compungidos las insignias de su alta investidura.

Para acabar de formarse una idea de la situación de Buenos Aires en el período ascendente de la peste bastará narrar un episodio en que me tocó ser actor. Era una noche pavorosa; la mortandad durante el día había sido horrible. Sólo uno de mis compañeros, Barbati, creo, quedaba de guardia en el viejo edificio ocupado por la Comisión Popular, donde, ¿recuerdas?, constituí mi domicilio desde el primer día en que empezó a funcionar. A eso de las diez se presenta una sirvienta despavorida, en demanda de un ataúd, para una señora que acababa de morir de la epidemia, solicitando asimismo se la lleve a enterrar. ¿ Quién es la muerta? Asómbrate: la señora Luisa Díaz Vélez de La Madrid: la hermana del General Díaz Vélez, uno de los jefes más gloriosos de la Independencia. La viuda del General La Madrid, el héroe novelesco de nuestra gran epopeya. Agrega a estos títulos, que la digna matrona figura, por su patriotismo, las peripecias de su dramática vida, siguiendo a menudo a su marido en los peligros, sus virtudes clarísimas, entre las mujeres notables de la República Argentina. ¡Y está sola, abandonada, sin que haya quien la conduzca al sepulcro! Sus hijos, sus criados, se hallan ausentes o devorados por la fiebre; los amigos por una u otra causa han desaparecido. La Comisión Popular no se encargaba ya como al principio de enterrar los muertos, habiendo tomado sobre sí la Municipalidad esa incumbencia. Inmediatamente corro allí a dar aviso: cerrada. Acudo a la policía: sólo hay un oficial de guardia; nada se puede hacer a esas horas, ni por consiguiente, ser representada la autoridad de ninguna manera en el acto de rendir el último homenaje a tan ilustre dama. Busco al Comisario del Cuartel donde quedaba su casa (próxima a la iglesia de la Concepción): no está. Le escribo. A las doce se manda un carro de tráfico a recoger el cuerpo, para ser arrojado con otros a la madrugada del siguiente día en la fosa común. Mas ya había tomado mis medidas; y se evitó esa afrenta. Un joven chileno, apellidado Pereira, al servicio voluntario de la Comisión Popular, acompañado de un celador, tenía orden mía de echar abajo las puertas de las dos o tres cocherías únicas en ejercicio, hasta encontrar un carruaje y un féretro. Cumplió bien. A medianoche estaba con lo necesario en la casa mortuoria, donde entraba yo por vez primera, no habiendo visto jamás a la finada. Contemplé su cadáver: una santa. Minutos después iba yo camino del cementerio del Sud. Créelo, me sentí entonces melancólicamente envanecido de que a mí y no a otro de mis compañeros, que cualquiera de ellos hubiese hecho lo mismo, me tocase el privilegio altísimo de aquella triste custodia. ¡Qué vueltas no da el mundo! Un hijo del General Guido, quien siempre había figurado en el partido contrario al del General Lamadrid durante nuestras guerras civiles, era el designado por la suerte para sepultar a la fiel compañera de ese bravo soldado, en el suelo de la patria tantas veces y tan heroicamente regado con su sangre. Llego al cementerio, donde hubo día de enterrarse setecientos cadáveres: soledad espantosa. No permito que Pereira baje del coche, recelando le contaminasen los miasmas sepulcrales más peligrosos en la noche, o celoso quizá de compartir con un extraño el honor llevar a la tumba los despojos confiados a mi guarda, en momentos de suprema angustia, por la piedad filial. Sacudo reciamente la verja de hierro que cierra la fúnebre mansión. Un sepulturero, soñoliento, desarrapado, cubierto todavía del polvo de las fosas recién cavadas, llevando una linterna en la mano, se sorprende de verme a tales horas. Pregunto por el administrador, el

infatigable, el valeroso Carlos Munilla. Duerme. Voy a su habitación y mis golpes le despiertan.

-¿Qué hay? Abre la puerta. Me reconoce, me abraza.

-Tocayo, traigo la viuda del General Lamadrid.

-Bien, me dice golpeándose la frente, a la madrugada le daré sepultura: hoy no ha habido tiempo para enterrar todos los muertos; muchos, más de doscientos, han quedado insepultos. La dejaremos depositada en la capilla.

-No, ahora mismo la hemos de enterrar; no puedo, no debo abandonar esos restos.

-Sólo hay cuatro sepulturas abiertas de las que ha mandado reservar la Municipalidad para los que sucumben de sus miembros. Esta mañana han traído a Vitón: aquí está.

-Pues bien, en la mejor de ellas, bajo nuestra responsabilidad, depositaremos nuestra muerta.

Munilla accede en el acto, y entrambos la sepultamos silenciosamente a la luz de un farol. Cuando hube echado la última palada de tierra sobre aquellas reliquias venerables, me pareció que mi madre me daba un beso en las tinieblas.

Dos días después el pobre Pereira estaba en la eternidad, y el negro cochero que me condujo al campo santo, agonizaba. Reclamo tu indulgencia: te he iniciado en mis tristezas, haciéndote además pasear entre las sombras de los días nefastos. ¡Qué quieres! La vida está llena de contrastes, el llanto, la risa, la felicidad, el dolor. Suele el día más hermoso nublarse, la noche tiene sus estrellas: bebamos el ajenjo y deshojemos las rosas, persuadidos de la inconstancia de la suerte, y de que todo es vano y todo pasa. Enjugando con el revés de la mano alguna lágrima arrancado por el recuerdo de desgracias inmensas, echo llave al tesoro de mis penas, brillantes negros de una corona fúnebre.

Viva *il dolce far niente.* Es el gran émulo embaucador del trabajo, a quien seduce a menudo con su roncerías y blandicias. Gracias a él las mujeres se enamoran, la humanidad descansa, el genio de América inventó la hamaca, el de Europa el colchón, remózase el alma, los diplomáticos florecen, y los poetas se sueltan a entonar sus cántigas como buenas calandrias. Hércules después de sus doce trabajos probablemente no estaría para muchos gorjeos: debió echarse a roncar.

Reclínate las horas muertas sobre ricos cojines orientales, fumando tabaco de Schiraz, en perfumado Schibouk, o acuéstate largo a largo en el florido césped (y aunque más no sea, en un buen catre a falta de triclinio romano) y te pondrás en aptitud, si aguzas el ingenio, de componer hermosos poemas, tiernos madrigales, trovas melodiosas, o de descubrir, al modo de Newton tendido a la bartola en su jardín de Woolstrop, la ley de la gravitación universal. Forzado a vivir contemplando los astros, sin encontrar ocupación adecuada mis escasas aptitudes, yo no descubrí ninguna ley, pero pude observar el deparpajo con que se infringen las improvisadas por los hombres, y visitado de la Musas, tan amigas de callejear en Buenos Aires, lancé también mis canciones al viento. Otros en derredor mío y más arriba cantaban igualmente. A ellos el lauro merecido; yo me contento con un manojo de adelfas y de lirios silvestres que poder ofertar a las divinidades tutelares, y tú no ignoras cuán generosa ha sido

la opinión respecto a mis producciones fugaces. Nacieron de mi amor a lo bello, a las cosas grandes y sencillas. Sentí reanimarse mi espíritu al poderoso aliento de la antigüedad, aspirando siempre a la serenidad de las cumbres, persuadido de que las tormentas no agitan al fondo de los mares, ni estallan en las esferas superiores. Idólatra del arte, persistí en creer que la pureza de la forma es requisito indispensable de sus manifestaciones más sublimes. Amé la luz sin desconocer la augusta majestad que se encierra en el misterio de las sombras, y poniendo el oído a toda voz de la naturaleza,

Al ritmo universal de lo creado...

creí percibir algunas veces en los arrobamientos del espíritu, la armonía de los orbes que escuchaba Pitágoras. Bajo estas impresiones, atento a los altos preceptos de los maestros, escribí mis poesías de que he formado un sola libro: humildísima ofrenda al sentimiento y al arte. Pronto se habrá extinguido la tenue lámpara que encendí ante el altar de la deidad inspiradora; pronto, en el otoño de la vida, disipará el cierzo el humo de la mirra y la acacia olorosa quemada en incensarios de oro por mi juventud entusiasta, dando lugar a otras emanaciones y a otros himnos.

Con fortuna resonaron los que alguna vez modulé, llegando a arrancar dulces lágrimas de corazones inocentes. Esplendores y nubes: al lado del aplauso la censura, pero censura blanda, llena de atenuaciones lisonjeras.

¿Cómo agradar a todos sin poseer la magia del genio prepotente? Ciertos románticos talludos, habituados a las fúnebres salmodias, a las eternas quejumbres de sus trovadores predilectos, que viven en un ay, encontrándose los mezquinos sumamente incómodos en este pícaro mundo, echaron de menos en el apolíneo banquete al cual me supusieron convidado, algunas hojas de cicuta que por lo visto debe ser el perejil de la poesía. Opinaban ex-cátedra, que si mis versos no eran del todo malos, tenían en cambio, el defecto de ser excesivamente limados y pulidos. Los habrían querido más escabrosos, más espontáneos y profundos, algo así que manase a borbotones, a manera del agua surgente de algún pozo artesiano. Mi numen era frío, mesurado, impasible; no expresaba los dolores del siglo, los tormentos de la estirpe maldecida de Adán, ni tenía en su foja de servicios el mérito siquiera de haber sufrido el más leve tabardillo adorando al sol de Mayo, que ha achicharrado tantas cabezas inspiradas; siendo además incapaz de remontarse a los picachos de los Andes, para conversar familiarmente entre sus riscos helados con los cóndores, pájaros de cuenta si los hay, y sobre todo, patriotas *a macho,* sobre las cosas pasadas de América, de que los muy tunos no han olvidado el menor incidente.

Y luego, decían mi susodicho numen gozaba de una salud chocante, en medio de tantas almas doloridas, que ora de un revuelo se plantifican en lo más azul del empíreo, buscando aire respirable, ora se arrojan llorando a mares en los abismos del desencanto y de la duda. ¿Habrá nada más grande, pensaban, fija la mente en los modelos de su escuela resonante con los acordes extraños de la danza Macabra, mansión suntuosa de alaridos y llantos, que esos pelícanos de la literatura destrozándose las entrañas para alimentar con ellas a los pálidos mortales, sus hijos adoptivos, sus hermanos de leche? ¿Puede un poeta que se respete a sí mismo, que tenga el más leve barrunto de su misión en la tierra, dejar de vivir desesperado? ¿Y cómo consideraría un vate de los de a folio, los tormentos de nuestra vil especie, sin mesarse las greñas, sin lanzar rasgueando las bordonas de su arpa funeraria, un par de reniegos por minuto, capaces de hacer estornudar a Lucifer? En esa disposición de ánimo, las

imprecaciones se juntan con los ayes, y los ayes con las blasfemias, muy disculpables en el *delirium tremens* de la inspiración, y solloza el verso, y se retuerce la estrofa, produciendo precipitaciones de cadencias tartáreas, mientras el astro se levanta fulgurante a las nubes, creando a destajo en su ascensión, ficciones, imágenes, tipos sorprendentes, enormes, llenos de esas bellas contorsiones y escorzos de las figuras del "Juicio final" de Miguel Ángel, tan admirados en los cuadros divinamente espantosos trazados por la mano convulsiva del genio. Eso es poesía, lo demás no pasa de dibujos simétricos.

Ya comprendes cuán de sopetón me tomaría una crítica de semejante calibre. Yo no era un aspirante a la inmortalidad, así es que me consideraba con derecho a tener buen sentido. Empezaba por no encontrar tan detestable nuestra morada terrenal, ni tan perverso al prójimo, cual lo declaran buenas plumas (iba a decir buenas piezas), en aplaudidas composiciones métricas; y aun cuando hubiese estado de acuerdo en ello con sus nebulosos autores, francamente, mis principios de educación me hubieran siempre vedado el chantarle al mundo en las narices, sin miramiento ni reparo, que no pasa de ser un chiribitil inhabitable, *un carcere duro,* estando por añadidura dotado de una furiosa tendencia a encanallarse. Confesemos que, bien considerado, quedan todavía acá abajo algunas cosas muy pasables. Si tal no lo creyera, en vez de hacer versos, me hubiera parecido más cuerdo ponerme a fabricar cajones de difuntos, o algún lúgubre esquife en que, llegado el momento fatal, atravesasen gratis mis censores la laguna Estigia, librándose de pagar el pasaje a Caronte. No habiéndome entregado por inclinación natural al calafateo de la siniestra barca, creo ser lo mejor el que cada cual temple a su modo la vihuela, toque la pandereta o sople a carrillos inflados chirimías o gaitas. No hay desentono que no encuentre alguna oreja caritativa en donde ir a morir, ni gentil disparate sin auditorio complaciente. Esto sentado, te invito a que si estás de humor para hacer algunos gorgoritos, cantemos a dúo una bella canción en que comencemos exclamando con el poeta:

Lejos de mí las nieblas hiperbóreas

Entretanto ¡cuánta razón tenía mi buen padre! El *otium Divos* de Horacio no está de moda en Buenos Aires. Aquí, las gentes desviadas de las tradiciones indígenas, trabajan cual si estuviesen especialmente encargadas de purgar el gran pecado de nuestro grande abuelo. Aumentada la prole, disminuidos los arbitrios legítimos, sin que ninguna oleada próspera pusiese a flote al desmantelado bajel, mi situación llegaba a ser inverosímil. Fue en esa época (1872), que estando decretada la fundación de un Departamento Nacional de Agricultura, el ministro don Nicolás Avellaneda, ascendido dos años después a presidir la República, tuvo la extrema gentileza de procurarme, sin mediar para ello empeño ni insinuación alguna, y cuando nos tratábamos apenas, la plaza de secretario de aquella importante oficina, próxima a funcionar. Según me dijo, su intención fuera hacerme nombrar jefe del nuevo Departamento, dependiente del Ministerio de Gobierno, dirigido a la sazón por el doctor Vélez Sársfield; pero, sea que en aquel instante se olvidase el consumado legista de Virgilio y sus "Geórgicas", sea, y es lo más probable, que creyese que no habían sido hechas mis manos precisamente para manejar las rejas de Triptolemo, manifestó que un poeta poco debía entender de agricultura. Respecto de mí no andaba muy errado; mis conocimiento en la materia eran en verdad limitadísimos, habiéndome reducido durante luengos años a recoger con candor pastoril los dones de Flora y Pomona, sin merecer nunca el honor de ser iniciado en los misterios de Eleusis, entre los adoradores de Ceres, la diosa rubia coronada de espigas. No obstante, la buena voluntad debía suplir mi insuficiencia. Púseme a estudiar, teniendo presente a Plinio el naturalista quien en su avidez de instruirse, ni aun en la litera, ni en el

baño, dejaba de leer tomando apuntes. Recorriendo desde Columela, el más sabio agrónomo de la antigüedad, hasta Grigera, guía de nuestros hortelanos de antaño, cuando sólo se comía ensalada de verdolaga con zapallitos tiernos, llegué a saber a punto fijo de qué manera a fuerza de injertar, pese al refrán, puede el olmo dar peras, y cuán apropiado es nuestro suelo para el cultivo de toda clase de ciruelos, arraigándose en él perfectamente los más genuinos alcornoques, mientras a cada paso nos topamos, en prueba de su fertilidad prodigiosa, con cada pedazo de cinamomo que pasma. Volvíame, amigo, una especie de máquina segadora; no pensaba más que en sembradoras y cosechas. Me encontraba capaz de hacer brotar porotos hasta en la escribanía de hipotecas. Manteniendo a nombre de mi Departamento, aunque tras de cortinas una correspondencia incesante con quirites y plebeyos, no hubo vericuetos del territorio argentino en donde no metiese mi escardillo. Era el jefe del ramo a que me había consagrado en cuerpo, y alma, un señor alemán, muy relacionado en el país, don Ernesto Oldendorff, soldado de caballería pesada en la guerra del Sleswing-Holstein, sujeto empeñoso, activo y eficaz. Manteniéndonos siempre en amistoso acuerdo, intuitivamente nos repartimos los papeles. Él representaba la práctica, habiendo permanecido en la campaña dedicado a la cría caballar por larga temporada; yo la teoría que se aprende en los libros. El jefe por lo común proyectaba en un idioma desconocido, y el secretario, auxiliándose para descifrarle del vocabulario usado en San Borombón y en Cañuelas, devanándose los sesos, daba a menudo forma a las ideas de aquél, que solían ser excelentes, sin perjuicio de agregarle las suyas. Así se formaron gruesos volúmenes, en los cuales quedaron consignados nuestra laboriosidad e infatigable celo, aunque yo permaneciera como un antílope oculto en la espesura.

Nadie podrá negarnos el timbre de haber sido los primeros en organizar y dar impulso a una institución indispensable a la prosperidad de la República. A todos vientos arrojamos preciosas semillas, que si no han prendido, o se las han devorado las langostas, bien han podido germinar transformando la Pampa en un vergel. Si, andando el tiempo, alguna vez al atravesar sus soledades, te encuentras con algún árbol raro de Cochinchina o de Kamtchacka, y te sientas a descansar a su sombra, espero, que por sí o por no, haciendo justicia a quien la merece, acordándote de mí, exclamarás agradecido al admirar el vegetal exótico: "éste, yo bien sé quién lo plantó".

¡Uno mismo no sabe la simiente que va dejando a su paso! Por si llegas un día a visitar las ruinas de Poestum en las graciosas costas de Lucania, no te olvides de traerme allí dos veces en el año, para plantarlas en el camino de mi nueva e interesante compañera. Pues, como te iba diciendo, fui un hombre esencialmente rural. Durante dos años sólo viví de hortalizas. Todo lo veía verde, los ministros, el Congreso, hasta mis hijos. Mi lenguaje tenía el colorido que le imprimía mi preocupación constante, la agricultura. Mis comparaciones las tomaba del reino vegetal; de los otros reinos, el mineral era casi cual si no existiese; por lo menos sus dominios no alcanzaban nunca a mis bolsillos. Pareciéndome la política un verdadero berenjenal, metía la hoz en mies ajena, a fin de adquirir las nociones necesarias al mejor desempeño de mi secretaría, por más que empezase a fatigarme tanta y tanta verdura, semejándome en esto a Lessing, quien decía estar harto de primaveras verdes deseando el ver antes de morir una primavera colorada. En corroboración de mis asertos, ahí están nuestros voluminosos informes, cientos, millares de páginas, llenas de datos preciosos recogidos aquí y allá con el más vivo anhelo. No siendo cosecheros, espigábamos. Dime, ¿has leído esos informes? No los has leído. Bien. Otro tanto le ha pasado a todos, incluso al ministro del ramo. Pues, léelos, y si no te haces vaquero o labrador, que me emplumen. Se exhala de ellos un saludable olor a tambo, un eco de la obertura de Guillermo Tell, un perfume de heno recién

segado y a alfalfa que dan ganas de ponerse a relinchar. La ganadería, nuestra gran riqueza, era el fuerte del señor Oldendorff. Con él emprendimos una obra colosal: la traducción de un tratado sobre el ganado lanar, escrito en alemán por un pastor de estilo abominable. El jefe, cavando el castellano trasladaba el texto en jerigonza, y luego yo, sudando azufre, le ponía en romance, gallardeando mis fueros de escritor *ad libitum.* ¡A qué extremos suele conducir el deseo de ser útil a sus semejantes! Dios me perdone, pero sospecho que al describir los mejores tipos de la raza balante, llegué hasta inventar una oveja, la oveja del porvenir, la cual si en realidad existiese, sería la más corpulenta, la más lanuda, de cuantas se hubiesen apacentado desde que Jasón se largó a Colcos en busca del vellocino de oro a nuestros días. Efectuado el movimiento revolucionario de 1874 determiné cambiar el rumbo. Dejé trillos y arados, encapillándome el uniforme de capitán de aventureros. Sin la intervención de aquel suceso ¡qué granjerías no alcanzara! A estas horas, es verdad, me habría nacido pasto en la cabeza; mas en cambio, a guisa de otros agrónomos conocidos míos, pasaría la vida tranquilo, bien medrado, mereciendo ser miembro de la Sociedad Rural, equivalente a recibir un diploma de ricohome en el gremio pujante de nuestros estancieros; y ora perdido en los trigales frecuentados por Ruth, ora deleitándome en el trasquileo de mis numerosos rebaños, haciendo ordeñar por otro las vaquitas para beberme en porrones la leche en cuanto se acrecentaba mi ganado; sin apartarme un ápice de las huellas fecundas de mis consocios y émulos, no dejaría por esas distracciones campestres, de continuar a par de ellos paciendo en los sabrosos pastos del presupuesto.

Sintiendo en mi pecho un tambor interior que no cesaba de tocar calacuerda, corrí al combate; pero mis adversarios corrían más que yo, y no me fue posible ni verles el polvo, tan listos anduvieron. Fuerza del sino: cuando he buscado los peligros, los peligros se han soltado a disparar de mí por páramos y breñas. No pudiendo echarles galgos, y a falta de enemigos a quienes acuchillar, yo y mi espada resolvimos discretamente quedarnos muy quietos en el primer rincón: en otros términos, he colgado mis armas.

Nadie las mueva

Que estar no pueda.

Con Roldán a prueba.

La campaña contra la rebelión no dejó de costarme algunos sacrificios. Mi fiel criado Secundino, que lo fue de mi padre, puesto al cuidado de mis hijos pequeños, tenía orden de ir vendiendo mis libros durante mi ausencia, conforme lo requiriese la necesidad de atender al gasto diario de mi humilde casa. La mayor parte de los clásicos de mi biblioteca fueron víctimas de la guerra civil, siendo enajenados a vil precio. A los últimos tiros de la Verde, caían postrados en un puesto de libros del Mercado Viejo, la *Batracomiomaquia* de Homero y la *Suma* de Santo Tomás. Si dura un poco más la guerra, me quedo sin tener otra cosa que leer, sino los discursos de ciertos oradores, declarados por Secundino, completamente invendibles. Así correspondía yo a la atención oportunísima que tuviera conmigo el ex ministro Avellaneda, defendiendo su autoridad a todo trance, dejando a la merced de Dios mis prendas más caras, después de haber evitado con mi palabra el fracaso inminente a que estuvo expuesta la sanción de su candidatura para la Presidencia de la Repú blica en la gran reunión del "Variedades", cuando habiendo el doctor Alsina renunciado a la suya, tratábase de transmitirle el poderoso concurso de sus elementos populares.

Librodot

Mis relaciones con el Nuevo Presidente se habían ido estrechando, causándome gratísima impresión el comercio de un amable talento,

Che spande di parlar si largo fiume.

Mas empezando a sentir frío en las regiones oficiales, me apresuré a volver al clima benigno de mi valle recóndito, en donde desearía rodearme de muros, fosos y barbacanas, no dando entrada en él sino a la amistad noble y sincera. Una vez quiso el magistrado, digo mal, el literato atraerme a las amenidades de una intimidad afectuosa, y se invitó a comer con Diego Alvear. Teníamos en perspectiva un banquete epicúreo. La bodega presidencial debe contener cubas de exquisitos licores, que nos serían servidos por escanciadores etíopes, o hermosas mulatas cordobesas, en vasos múrrinos, en ánforas etruscas. ¡A quién no le gustan estas gollerías! Si es un crimen amar demasiado el vino de España, que me cuelguen, decía Falstaff. ¡Fatalidad! A1 día siguiente de la invitación fascinadora, recibí una esquela aplazando el festín hasta el regreso de Alvear, que acababa de marcharse a Santa Fe. Desde su funesta partida, hará un año, sólo sé de Avellaneda, por los diarios. ¿Creerás acaso que sea susceptibilidad de mi parte? Mira si soy blando; a pesar de lo dicho y lo callado *(non ragionar di lor),* deseando ofrecer al Presidente un aguinaldo de Pascua en testimonio de estima, encargué al Japón una obra interesantísima, el *Reigi Ruitem* o *Código de la Etiqueta,* en quinientos diez volúmenes, consagrado a los usos de la corte de los Mikados. Mucho me temo que ese precioso monumento de la cortesía japonesa, haya sido decomisado en la aduana.

Prosiguiendo el recuento de mis altas y bajas, résteme únicamente recordar, que terminada nuestra reyerta doméstica, pasé de la Agricultura a la dirección del Archivo General de la Provincia. Cambié mis legumbres por viejos pergaminos. Si tenés por ahí algunas gafas de tu abuelo no dejes de mandármelas. Acaso no faltará quien diga, jura de recio el grave cargo a que dedico mis facultades y mi tiempo, y el de presidente que soy de la Sociedad Protectora de Animales, siempre serios principalmente el asno, con la jovialidad triscante en parte de la presente epístola. ¿Por qué no hemos de reír un poco a veces de nosotros mismos, ya que somos tan severos para juzgar a los demás? En medio de las nubes suele aparecer el arco iris, y si Júpiter no se sonríe, según Ovidio, sino cuando sabe de la infidelidad de los amantes, nosotros, simples mortales, hemos recibido en don la santa alegría para consolarnos de los percances de nuestra asendereada existencia. Vamos, señores Aristarcos, desarrugad el ceño, ahuecad menos la voz, sed más expansivos y cordiales; nada de cencerros tapados; arrojad la careta de senadores romanos ante las hordas de Alarico; acordaos que el mismo rey David aun después de su famosa pedrada, habiendo ya dicho, "los que sembraron con lágrimas con regocijos segarán", despojado de la púrpura, vistiendo un roquete de lino, se puso a danzar, tocando el arpa cual si fuese una simple bandurria, entre Sacerdotes y Levitas delante del Arca de la Alianza, y es de suponerse lo haría con cara de aleluya; si por ventura estáis de humor festivo, reíd francamente y a sabor, y sobre todo atended mejor vuestros deberes. Cumpla yo y ellos tiren.

Antes de concluir esta retahíla, que ya se alarga como maitines de cuaresma en que se van apagando las velas del tenebrario una tras otra, te agregaré una última palabra sobre mis escritos consabidos, de los cuales harás el uso ya al principio indicado, facultando a la casa de Igón, dispuesta aventuradamente a publicarles, a recoger por ahí los esparcidos en las colecciones de los diarios, y darles colocación conveniente. No me hago ilusión sobre su mérito: páginas deleznables, arrojadas al torrente de la literatura pasajera. Algunas son quemantes. No me negarás que reflejan las opiniones de un ciudadano libre, que ni teme, ni

espera. Si de ellas resalta un carácter honrado y firme, lo de la reputación literaria poco importa.

La ventaja de atacarla está en que pueda caberle a uno la buena suerte atribuida a los enemigos más oscuros del ya citado Lessing, "de pasar con él a la posteridad, comparándoseles con los moscardones solidificados en un pedazo de ámbar: suplicio ingenioso que los inmortaliza".

Criticarás tal vez el excesivo ornato de mi estilo. Será. Recuerda el proverbio salomónico: "Manzanas de oro con figuras de plata es la palabra cual conviene". Cuando he asestado un buen golpe me agradó hacer brillar hasta la cinceladora del puño de mi espada. La pompa oriental es nuestra herencia; nos viene de los árabes; y los indios de América se adornan con el más rico plumaje de las aves. Sea cual fuere mi potencia intelectual, y los medios a mi alcance para servirme de ella, en más de una ocasión, tratándose de defender el derecho, estuve dispuesto a batirme en campo raso, perdona la metáfora por la posesión de las armas de Aquiles, nunca pesadas si las maneja de verdad. Mi pluma, te lo diré con llaneza, ha sido tan desinteresada, que cuanto me ha producido desde mi juventud, no alcanzaría junto a comprar un buen caballo para el día en que se me antojase salir a respirar el aire puro de la Pampa. Si he errado nadie habrá tenido que pagar mis faltas, siendo yo solo responsable de ellas ante el tribunal de la opinión.

Quizá tengas por inoportuna la reproducción *in vitam*, de mis artículos vehementes contra determinados personajes. Esto sería atendible si acaso estuviesen decaídos. Lo contrario acontece. Todos, con placer la consigno, están vivos y briosos, sabiendo tenerse en los estribos. Ninguno ha descendido de caballo de regalo a rocín de molinero, en tanto que muchos de sus distinguidos adversarios no han podido pasar de zapato ferrado a borseguí purpú reo. Uno levanta la caza, otro la mata. A más, observa cuán poca mella han hecho en estos caballeros las furiosas acometidas de que fueran objeto en sendas ocasiones. No hay por qué negarlo, son fuertes justadores. Algunos de ellos traen a la memoria aquel gigante del Ariosto, cuya cabeza hacía rodar Orlando a cada golpe de su gran espada, mientras su formidable antagonista alzábala del polvo colocándosela de nuevo sobre los anchos hombros, volviendo fieramente a entrar en liza con el caballero estupefacto.

No haya pues escrúpulo al reproducir los juicios emitidos, respecto de hombres y de cosas. En cuanto a las personas, esos juicios tendrán un valor relativo a la fuerza de sus fundamentos, corroborados por el tiempo que todo lo acrisola, o atenuados por los títulos y experiencia adquiridos en una vida fecunda y de incesante labor. Por lo demás, dócil a pacíficos tratos, sin esquivar compromisos, no tuve nunca particular empeño en romper lanzas con nadie, ni fue mi papel el del centauro con la típica mitra asaetando una fiera fantástica.

Cumplida mi promesa, ya casi estoy corrido de haberte escrito tan largamente de mí mismo. En vez de levantar una columna, hice un mosaico. Postrado en cama, y cuando los amigos no venían en dos eternos meses de penosa dolencia, te he bosquejado, aprovechando los momentos de alivio, el pálido cuadro de mi vida, que pasará como otras tantas sin dejar ningún rastro luminoso. Procure la ambición montar el Bucentauro para desposarse con el mar o cobíjese el patriotismo inteligente, gozando de altas preeminencias, bajo el pabellón de la República. A mí me basta la sombra de los sauces que crecen a las orillas del Plata, cuyas ondas fueron a menudo confidentes de mis recuerdos más íntimos, y de mis votos por la patria y por la libertad.

Librodot

Terminemos. Ahí tienes en conjunto recopiladas la rápidas producciones en prosa con que también contribuí a la actividad fecunda de la prensa. De todo hay en la viña: uvas, pámpanos y agraz.

Quédate con las uvas.

Vale et ama Bs. As.,

Octubre, 1879.